

LAS PROHIBICIONES.

A mi buen amigo Pao  
Quintero y Perasso

Luis de Guíbar

Madrid 7 de octubre de 1853.

*Examinada por el señor Censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.*

BENAVIDES.

---

Esta comedia es propiedad de su autor. El que la represente ó reimprima sin su consentimiento, incurrirá en las pena que señala la ley sobre propiedad de las obras drámaticas.

# **LAS PROHIBICIONES,**

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

**DON LUIS DE EGUILAZ.**

REPRESENTADA CON EXTRAORDINARIO APLAUSO EN EL TEATRO  
DEL PRÍNCIPE EL 20 DE OCTUBRE DE 1853.

---

**MADRID.**

IMPRENTA DEL SEMANARIO É ILUSTRACION,  
A CARGO DE ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

—  
1853.

i 22296360

PERSONAJES.

ACTORES.

CAROLINA . . . . .	<i>Doña Teodora Lamadrid.</i>
ROSARIO . . . . .	<i>Doña María Rodríguez.</i>
D. GABRIEL . . . . .	<i>D. Joaquín Arjona.</i>
D. CRISTÓBAL . . . . .	<i>D. José Calvo.</i>
GONZALO . . . . .	<i>D. Manuel Ossorio.</i>
VICTOR . . . . .	<i>D. Fernando Ossorio.</i>
D. FERNANDO . . . . .	<i>D. Enrique Arjona.</i>

## ACTO PRIMERO.



*Cuarto abuhardillado: ventana en el fondo por la que se descubren los tejados: dos puertas á la izquierda y una á la derecha, de una sola hoja. A través de los vidrios de la ventana se ven varias macetas con flores.*

*Mesa en primer término cubierta de papeles y con recado de escribir. Sobre varias sillas y una cómoda infinitad de libros de todas clases: en el foro un espejo, un retrato de Calderon litografiado, y una percha cargada de ropa.*

*Al levantarse el telon la ventana estará cerrada, y sobre la mesa arderá una vela que estará concluyéndose. El teatro á media luz.*

### ESCENA PRIMERA.

GONZALO, VICTOR.

*(Aparecen sentados á la mesa; el primero escribiendo, el segundo dormido sobre el papel con la pluma en la mano. Pausa.)*

GON. ¡Victor! *(Despertándolo.)*

VIC. ¿Quién?... Ah!... Me dormía.

GON. ¿Te rinde el cansancio ya?

VIC. No; pero... ¿qué hora será?

GON. No sé.

VIC. ¡Calla! ¡Si es de día! *(Abriendo la ventana.)*

GON. Cierto. Y segun la luz brilla,  
muy entrada la mañana.  
Ya el sol baña la ventana  
de nuestra pobre buhardilla.

VIC. Economicemos. *(Apagando la vela.)*  
 GON. Sí.

VIC. No estan nuestros capitales  
 para despilfarros tales.

VIC. ¡Dímelo, Gonzalo, á mí!  
 A mí, que siguiendo aun  
 encargado de la caja,  
 llevo siempre el alta y baja  
 de nuestra bolsa comun!

GON. ¡Pobre bolsa nuestra!  
 VIC. ¡Bah!...

GON. No te apures por dinero.  
 VIC. ¿A que altura se halla?

GON. A cero.

VIC. Entonces... Dios proveerá.

GON. Dices bien.

VIC. Gran posicion  
 gozamos... Casi me rio.

GON. Oh! Las musas, Victor mio,  
 no madres, madrastras son.

VIC. Fuerza nos sobra y salud;  
 fé y pocos años tenemos;  
 Gonzalo, no nos quejemos.

GON. Desgraciada juventud!  
 De la vida en los albores  
 no hay en ella padeceres:  
 es... la edad de los placeres,  
 ¡es la edad de los amores!...  
 Edad de felicidad,  
 única en dichas completas.  
 Esto dicen los poetas...

*(Riêndo con amargura.)*

¿Estamos en esa edad?

Sí en ella el hombre batalla

con rudo pesar profundo,

dícele piadoso el mundo:

«Eres jóven, sufre y calla.

No te quejes; aun no es hora;

no te apures; jóven eres:

si desesperas, si mueres...

eres jóven; sufre y llora.»

Si esta es la edad de gozar

y no he gozado una vez,

cuando llegue la vejez

¿qué es lo que podré esperar?...

VIC. Bah!... Bah!... Escelente maestro



- para formar Jeremías.  
Deja tus filosofías.  
Chico! el porvenir es nuestro!
- GON. Tal vez te sobre razon.  
Vic. La que á tí te va faltando.  
A escribir *pape lucrando*,  
cuartillas de municion.
- GON. Es verdad.  
Vic. Buena mañana  
nos espera.
- GON. Hermoso rato!  
Vic. Va á ser el vivo retrato  
de esta noche toledana.
- GON. ¡Qué le hemos de hacer!  
Vic. Paciencia!
- GON. El que ansie dinero y fama  
que dé descanso á la cama.  
Vic. Eso es hablar con prudencia.  
GON. Sí... pero es tan solo hablar.  
Tiempo há que logré imprimir  
mi *Historia del porvenir*...  
No he vendido un ejemplar.  
Bien lo sabes.
- Vic. Bien lo sé.  
Es un libro de oro.
- GON. Algo  
valdrá quizás: nada valgo,  
¡mas lo escribí con tal fé!...
- Vic. ¡Tienes razon! Y no ha habido  
quien publique lo que vale,  
que no hay otro que lo iguale...
- GON. Como nadie lo ha leído...  
Solo tú y yo.
- Vic. ¡Pobre hermano!  
¡Pobre amigo mio!
- GON. ¡Calla!  
Vic. Quien así sufre y batalla  
tiene un valor sobrehumano.  
Pasando por el crisol  
de la desgracia, se sube.  
Mañana, rota esa nube,  
tal vez alumbre otro sol.
- GON. ¡Imposible! En tal estado  
nuestra sociedad se encuentra,  
que se halla, al que en ella entra,  
todo camino cerrado.  
No hay que formarse ilusiones.

Yo lo he visto bien... Escucha...

Asistimos á la lucha

de las dos generaciones.

La que acaba y la que empieza,

contrarias á muerte son:

una... todo corazón,

otra... otra... ¡todo cabeza!...

Esta ocupa el mejor puesto,

y antes que al tiempo sucumba

cavado habrá nuestra tumba.

Esto... acabará con esto.

*(Llevando la mano primero á la cabeza y luego al  
corazon.)*

Vic. Esas cosas desesperan...

Vamos... vamos. . hoy estás...

GON. Cual siempre...

Vic. No pienses mas;

las cuartillas nos esperan.

Hoy estás malo, Gonzalo:

de pensar tu mal proviene;

pobre eres... quien lo es, no tiene

ni tiempo para estar malo.

GON. Trabajemos pues.

Vic. Sí, sí.

Por no ver de mal humor

á nuestro horrible editor

haria... Así como así

paga y nos saca de apuros.

GON. Mucho!...

Vic. No lo que tú vales.

Mas siempre quinientos reales...

GON. Sí, son veinticinco duros.

Vic. ¡Es cierto que su diario

traga mucho original!

GON. ¡Y él no lo es poco!...

Vic. Tal cual...

¡Ente mas estafalario!

¡Usurero!

GON. Vamos.

Vic. Pues...

¡Por tan miserable suma

tener tu pluma y mi pluma

moviéndose todo el mes!...

GON. ¿Y qué quieres?...

Vic. Que yo esté...

sufriéndolo, es natural;

¡pero tú!...



GON. El caso es igual.  
 VIC. ¿Que es igual?  
 GON. Pues ya se vé.  
 VIC. ¿Tengo acaso, amigo mio,  
 ya que hablar es necesario,  
 un pariente millonario  
 como tu querido tío  
 don Fernando?  
 GON. No hables de él.  
 VIC. Como quieras. No hablaremos.  
 GON. Trabajemos.  
 VIC. Trabajemos. (*Vuelven á escribir.*)  
 (*Llaman á la puerta de la derecha.*)  
 GON. Adelante.  
 (*D. Gabriel entra, levantando el picaporte.*)  
 VIC. D. Gabriel!  
 (*Saliéndole los dos al encuentro.*)

## ESCENA II.

D. GABRIEL, GONZALO, VICTOR.

GON. ¡Tío!  
 GAB. Quietecitos. ¡Bravo!  
 Ya estais trabajando?  
 GON. Sí.  
 GAB. Eso me gusta: ¡así, así!  
 Tan rara constancia alabo.  
 VIC. Es que...  
 GAB. Las once no mas. (*Mirando al reloj.*)  
 Muy temprano te levantas  
 para estar hasta las tantas...  
 GON. ¡Qué!  
 GAB. Sí... ya me lo dirás...  
 No somos de cal y canto;  
 poned á ese ardor un freno:  
 apego al trabajo... bueno...  
 pero no tanto... no tanto.  
 GON. Cuando se está entusiasmado...  
 GAB. Se vence un poco ese ahinco.  
 GON. Ya le venzo.  
 GAB. ¿A que á las cinco  
 no estabas aun acostado?  
 ¿Callas?... ¡Esto al cielo clama!  
 Y hoy vuelta...  
 VIC. No hay que volver.  
 GAB. ¿Cómo?

- VIC. Estamos en ayer.  
No hemos probado la cama.
- GAB. ¡Oh!... Vamos!...
- GON. ¡Querido tío!
- GAB. ¿Aun no os habeis acostado?...  
Debí haberlo adivinado.  
Esos ojos... ¡Hijo mío!
- GON. ¿Ves, ves? (*A Victor reprendiéndolo.*)
- GAB. No quiero afectarme;  
mas en mis riñas no insisto...  
Vamos... vamos... ¿está visto!  
quieres matarte y matarme.
- GON. Pero...
- GAB. De hoy, si tu mal labras,  
no daré por ello un paso.  
Aquí ya no se hace caso  
de mí, ni de mis palabras.
- GON. Es que... cuando se está haciendo  
una cosa con placer...
- VIC. (Sí...) (*Con socarroneria.*)
- GAB. Ya... ¿Me quieres leer  
lo que estabas escribiendo?
- GON. Yo!... Como está sin limar..
- GAB. Es una súplica, hijo.
- GON. Si usted lo quiere...
- GAB. Lo exijo.
- GON. (¡Oh!...)
- GAB. (Tiemblo de adivinar...)  
(*Tomando una de las cuartillas que estan sobre la mesa  
en el lado que ocupaba Gonzalo, y leyendo.*)

«Muy pronto tendremos el gusto de ver en uno de nuestros teatros á la divina Elisa de Guzman, á esa bella y eminente actriz, que á pesar de haber nacido en España, parecia complacerse hasta ahora en huir los aplausos de sus compatriotas, al paso que recibia los delirantes y frenéticos víctores de la América entera, al paso que...»

(*Dejando de leer.*)

¿Y es esto lo que ahora hacías?...  
Y estabas entusiasmado  
con un puff que han publicado  
hace tres ó cuatro días  
todos los diarios...!

- GON. No :  
eso es nuevo.
- GAB. ¡Qué ha de ser!
- GON. Sí.
- GAB. Si tengo desde ayer

un palco encargado yo  
para cuando salga... En vano  
tu afan disculpa imagina.  
Me lo leyó Carolina,  
la pupila de mi hermano.  
Estoy cierto. Oye, ¿vendió  
este su novela? *(A Victor y variando de tono.)*

Sí.

VIC.

¿En cuánto...?

GAB.

En...

GON.

Silencio. Dí. *(A Victor.)*

GAB.

No sabe: aun no la cobró...

VIC.

GAB.

Y tú me dijiste...

GON.

Fué...

GAB.

¡Calla! Habla tú.

GON.

Pero tío...

GAB.

En este cuarto tan frío...

¡velar para esto!

GON.

Es que...

GAB.

Silencio: ya toco el quid:

lo miro, y dudarlo quiero.

Victor, sé tú mas sincero.

GON.

Un cuarto cuarto en Madrid...

*(Haciendo señas á Victor para que calle.)*

VIC.

Vivimos en cuarto... cuarto;

mas... tan perdidos nos vemos,

que aunque dos cuartos tenemos

nunca tenemos un cuarto.

GAB.

¡Ah!...

GON.

¡No crea usted por Dios!...

GAB.

No eres de mi afecto digno.

¡Calla, calla!... ¡esto es indigno!

Engañarme así los dos...

Fingir ante mí alegría

cuando... con razon me quejo;

y yo necio... ¡pobre viejo

que tan feliz te creia!

¡Vamos! y vivir así

con secreto tan profundo...

¿Para qué estoy yo en el mundo

si no te acuerdas de mí?

GON.

¿Llora usted?

GAB.

Quién? ¡yo llorar,

*(Ocultando las lágrimas.)*

cuando así me engañas!

GON.

¡Tío!

GAB.

Pero... ¡perdon, hijo mio!

¡Yo lo debí adivinar!  
Ven acá, ven. ¿Me perdonas?  
¡Oh!

GON.  
GAB.

Gran Dios! y le reñía  
cuando velar le veía...  
Creí que ansiabas coronas  
solamente y... No ignoraba  
que no era tu posición  
muy buena... Mas con razón  
que esta no fues: pensaba.  
Yo no soy rico... pero...  
tengo lo que necesito...  
Tome usted, caballero:  
no me diga usted que no.

(Sumamente conmovido y colocando rápidamente un bolsillo en las manos de Gonzalo.)

GON.  
GAB.

Señor...  
¿Cómo no caí...?  
Cómo no pensé hasta hoy...?  
¡Hijo! ¡Gonzalo!

(Abrazándolo.)

VIC.

Me voy.  
Yo no puedo estar aquí.

(Conmovido.)

### ESCENA III.

DON GABRIEL, GONZALO.

GAB.

¿Es verdad que no crees vano  
este dolor que en mí observas?  
¿Es verdad que no conservas  
rencor á este pobre anciano?

GON.

¿Yo...?

GAB.

Tranquilízate. No  
así aumentes mis sonrojos.  
Pero... sécate esos ojos...

(Secándole los ojos y enjugándose despues una lágrima.)

Los horabres no lloran... ¡Oh!...  
Si alguien nos vió... Si nos ven...  
Se ha marchado.

GON.  
GAB.

Es muy prudente.  
Al fin delante de gente...  
no se ensancha el alma bien.  
Oye, y toda tu atención  
no te admire que reclame.  
Lo que aquí pasa es infame;  
infame... esa es la espresión.  
Mi hermano Fernando, hermano

tambien del que ser te dió,  
ni tu pobreza miró  
ni te ha tendido una mano.  
¡Y es opulento! y quizás  
no hay cual él otro banquero.

GON. No le pido su dinero,  
sino lo que vale mas.  
Su puerta, á todos abierta,  
á mí solo se ha cerrado...  
Años há que no he pisado  
los umbrales de esa puerta.

GAB. ¿Y lo sientes?

GON. Cuando niño,  
á quererle me enseñaron...  
sus desaires no arrancaron  
de mi pecho este cariño.

GAB. De eso no le acuso yo.  
Tal vez causa no le falta  
que justifique esa falta.

GON. ¿Usted le defiende?

GAB. No...  
pero ponte en su lugar.  
Él consentir no podía  
tus visitas, desde el día  
que se tuvo que encargar  
de su pupila.

GON. ¿Y por qué?

GAB. No la conoces á ella.  
Es encantadora, es bella...  
mas... el mas yo me lo sé.

GON. No entiendo...

GAB. (Ya entró en cuidado.)

Su padre, que en gloria está,  
era de lo que no hay ya;  
hombre á la antigua templado.  
Todo libro la prohibió  
por su rutina fatal,  
y... lo que era natural...  
ella... por libros rabió.  
Pasó el viejo á mejor vida;  
dióse á leer la inocente,  
y acaloróse su mente,  
de suyo bien encendida.  
Bien veo que es deplorable!  
mas mi hermano, con razon,  
teme que dé el corazon  
al primero con quien hable.



- Tú eres jóven y poeta,  
ella... niña y exaltada...  
Negarte en casa la entrada  
fué prevencion muy discreta.
- GON. Mirado bajo ese aspecto...
- GAB. ¿Y ella, dice usted que es bella?  
¡Encantadora! (¡Habla de ella!  
La prohibicion... hace efecto.)  
Hay motivo... Ya ves, sí...  
¡Ah!... lo mejor olvidé:  
un dia de tí le hablé...  
Siempre está hablando de tí.
- GON. ¡De mí!
- GAB. Como no te importa,  
nada te he dicho.
- GON. Es verdad.
- GAB. Madurará con la edad.  
¡Oh!... la edad siempre se porta.  
Para que veas si es vana  
esa cabeza infeliz,  
leyó ayer lo de esa actriz...  
lo...
- GON. Ya.
- GAB. De la americana:  
y un palco fué necesario  
encargar sin mas demora.  
Ya se sabe, se enamora  
de todo lo estraordinario.  
Pero á mi hermano volviendo...
- GON. ¿Qué dice de mí?
- GAB. ¿Fernando?
- GON. Ella.
- GAB. Siempre preguntando.
- GON. ¡De veras!
- GAB. Siempre inquiriendo  
tu vida... La atolondrada  
solo piensa en tonterías...  
si eres así... Niñerías  
que no significan nada.  
Pero...
- GON. Tú no te figuras
- GAB. genio mas incorregible.  
Siempre ansiando lo imposible;  
siempre soñando aventuras.  
(¡ Oh qué mujer !)
- GON. Nada, nada;
- GAB. mi hermano hace en esto bien,



y yo en su lugar tambien  
te negaria la entrada.

GON.

Mas...

GAB.

(¡Ya está muerto por verla!)

Demos á eso pues de mano  
y volvamos á mi hermano.

GON.

(¡Si lograra conocerla!)

GAB.

Dormir siempre en la indolencia  
era de España el destino,  
cuando á despertarla vino  
el grito de independencia.

¡Oh!... súbito como el rayo  
fué de lugar en lugar...

Todos quisimos vengar  
la sangre del dos de mayo.

Lleno de ardor juvenil,  
si bien en edad muy tierna,  
dejé la casa paterna

y echéme al hombro un fusil.

Tambien mi hermano ese ardor  
sintió, y se le vió correr...

no á batirse... sino á ser  
de las tropas proveedor.

Por tan diversos caminos  
como ves, hemos llegado...

yo, á coronel retirado,

él, á los altos destinos.

Y no pienses que me quejo;  
siempre en mi patria pensando  
y el mal ajeno aliviando,  
pobre y feliz... llegué á viejo.

Casi al par él ha llegado;

pero egoista profundo,  
no halla placer en el mundo;

sus riquezas le han gastado.

Sentir no puede el cariño;

nunca lo sintió tal vez;

yo he llegado á la vejez

con el corazon de un niño.

¡Fernando es muy infeliz!...

mas de lo que tú te piensas:

hoy vivo yo á sus espensas...

pero cuánto mas feliz!

La ventura no proviene

de crecer, ni de elevarse...

Solo hay dicha en contentarse  
cada cual con lo que tiene.

GON. ¡Pobre tío!

GAB. Así vejeta  
seco, á todo indiferente...  
afecto por tí no siente.  
Te odia... porque eres poeta.  
«¡Báh! Nada será ese chico,»  
dice, á su sistema fiel.  
No ser nada para él...  
es no llegar á ser rico.  
¡Por eso te deja así!  
mas todo lo he prevenido...  
Él aquí nunca ha venido:  
hoy ha de venir aquí.

GON. ¡Cómo!

GAB. No importa. Ya sabes  
con quién te las vas á haber:  
te hace falta: es menester  
que lo que he empezado acabes.  
Lo haré.

GON. Bien. Ahora, hijo mío,  
voy una pregunta á hacerte  
en que va tal vez tu suerte.  
Que digas verdad confío.  
¿Siente amor tu corazón?

GON. No.

GAB. Tus años lo previenen.  
GON. Los pobres tiempo no tienen  
para amar.

GAB. ¡Tienes razon!  
No me vayas á engañar.

GON. ¡Yo!

GAB. Con tu libro lo hiciste.

GON. ¿Cómo?

GAB. Sé que no vendiste  
ni siquiera un ejemplar.  
GON. ¡Qué mundo! ¡qué vida! ¡Oh!  
GAB. Cesa en tu dolor profundo,  
y no te quejes del mundo.

GON. ¿Usted no se queja?

GAB. No.

Yo soy optimista. ¿Y quién,  
viendo con ojo imparcial,  
no encuentra en el mayor mal  
los gérmenes de un gran bien?  
Yo del mundo no me quejo  
cuando mi amargura exhale,  
porque... el mundo no es tan malo.

Es... que se va haciendo viejo.

(*Confidencialmente.*)

Helado, seco, indolente,  
do quier estampa su sello.  
Lo mas grande, lo mas bello,  
todo le es indiferente.

Nunca el libro de su ciencia  
osado y curioso abras;  
su ciencia está en dos palabras:  
«Egoísmo, indiferencia.»

La sociedad que hoy se educa  
en penas y desengaños,  
logrará mejores años  
que esta sociedad caduca.

¡Vaya si los logrará!  
Ella su camino sigue,  
y el que trabaja... consigue!...  
Quien viviere lo verá.

GON. Y esas, ¿no son ilusiones?

GAB. Ya lo verá el que viviere.

GON. Dios lo quiera.

GAB. Dios lo quiere! (*Con solemnidad.*)

CRIST. ¡Noventa y siete escalones!

(*D. Cristóbal, entrando.*)

En tan culminante altura  
el genio escondido escribe:  
Jesucristo, ¡qué alta vive  
la baja literatura!

#### ESCENA IV.

D. GABRIEL, GONZALO, D. CRISTÓBAL.

(*Don Cristóbal entra fatigado, y despues de decir los primeros versos pasea una mirada por la escena, se cala las gafas, se encorva y tose, llevándose las manos al pecho. D. Gabriel y Gonzalo habrán estado hablando aparte, y hasta el momento en que tose D. Cristóbal no reparan en él.*)

CRIST. (¡No me han visto!) ejem! ejem!

GON. ¡Don Cristóbal!

CRIST. ¡Caballero! (*A D. Gabriel.*)

Usted tan famoso.

GAB. Sí.

CRIST. ¿Su hermano de usted...?

GAB. Tan bueno.

CRIST. ¿Amiguito...? (*A Gonzalo.*)

- GON. ¿Usted aquí?  
 CRIST. Como usted vé.  
 GON. ¿Y á qué debo  
 ver á todo un editor  
 bajo tan humilde techo?  
 GAB. (Nunca me gustó su cara.)  
 CRIST. A... ejem!... (Precisa que hablemos  
 del periódico, y á solas.)  
 (Aparte á Gonzalo y mirando siempre á D. Gabriel;  
 cuando cree que lo ha oído, tose.)  
 Ejem!  
 GAB. Malo está ese pecho.  
 CRIST. ¡Este Madrid!...  
 GAB. Sí... (Con desconfianza.)  
 GON. Si Victor  
 es igual...  
 CRIST. ¡Pues ya lo creo!  
 Ejem! (Mirando siempre á D. Gabriel.)  
 GON. Yo estoy ocupado  
 con... Voy á llamarle. Vuelvo.

### ESCENA V.

D. GABRIEL, D. CRISTÓBAL.

- GAB. No se sienta usted?  
 CRIST. Mil gracias.  
 GAB. No hay de qué. ¿Conque usted es dueño  
 del periódico en que escriben  
 estos chicos?...  
 CRIST. En efecto.  
 GAB. Y dicen que tiene mucha  
 suscripcion *El Noticiero*.  
 CRIST. Ejem!... ejem! Esta tos...  
 GAB. Es un fortunon deshecho  
 ganar tanto con tan poco.  
 CRIST. Ejem! Los dias de viento  
 me aprieta de una manera!...  
 GAB. Y qué tal le va con ellos?  
 CRIST. ¿Con estos dias? Muy mal.  
 GAB. No; si yo no hablaba de eso.  
 Con estos chicos.  
 CRIST. Pse... Pse...  
 Bien... bien...  
 GAB. Dé usted poco sueldo.  
 CRIST. Ejem! (Tosiendo con fuerza).  
 GAB. (Tos mas oportuna...)

¿Y ha visto usted lo que ha impreso  
Gonzalo?

CRIST. Sí. Es una obrita  
muy linda. ¡Tiene talento!

GAB. Mas como el pobre no entiende  
de estas cosas, el dinero  
ha perdido.

CRIST. ¡Vea usted! (*Con refinada hipocresía.*)

¡Quia! Si el público... y los tiempos...

¡Los tiempos estan tan malos!

GAB. Para este chico, perversos.  
Ni un ejemplar ha vendido.  
Él no entiende esos manejos  
de anuncios y de...

CRIST. Sí, sí.

GAB. En otras manos...

CRIST. ¡Lo creo!

GAB. ¿Sí?... ¿Cuánto daría usted, (De pronto.)  
que es en estas cosas diestro,  
por todos los ejemplares?

CRIST. ¡Yo!! jem... jem... maldito invierno.

¿Quiere usted una pastilla?

(*Levantándose y presentándole una cajita.*)

GAB. Gracias...

CRIST. Vamos. (Instándole.)

GAB. Lo agradezco.

¿Cuánto?...

CRIST. Cero.

GAB. ¿Cero?

CRIST. Nada.

Está escrito sin ingenio:

no tiene interés ni rasgos...

El título es de mal género...

«Historia del porvenir!»

Y... ¿qué quiere decir esto?

GAB. Usted lo ha leído?

CRIST. No,

no necesito leerlo.

De algo ha de servir la práctica.

Nací entre libros...

GAB. Es cierto.

CRIST. Y además, ¿quién es Gonzalo?

GAB. ¡Pues!... (Bien hecho está lo hecho.)

Usted se arrepentirá.

CRIST. ¿Yo? No los compro ni al peso.



## ESCENA VI.

D. GABRIEL, D. CRISTÓBAL, GONZALO, VICTOR.

VIC. ¡Hola! (Saludando.)  
 CRIST. Adios, caballero.  
 GAB. Mira, me voy. (A Gonzalo.)  
 GON. Pero?...  
 GAB. Vuelvo.  
 Adios, señor don Cristóbal.  
 Adios, Victor. Hasta luego.  
 ¡Animo! Feliz serás. (A Gonzalo.)  
 GON. ¿Qué es lo que está usted diciendo?  
 GAB. Que este mundo es una bola,  
 (y el que desespera un necio.) (Marchándose.)  
 GON. (Esperar... ¿Y en qué? ¡Imposible!  
 Mas... no perdamos el tiempo.)  
 (Gonzalo se va, llevándose el tintero y las cuartillas.)  
 Voy á trabajar... Dispense  
 usted si... (Marchándose.)  
 CRIST. Es usted muy dueño.

## ESCENA VII.

D. CRISTÓBAL, VICTOR.

VIC. Conque... (Han estado hablando aparte.)  
 CRIST. Sí. Vamos al caso.  
 He visto hace poco impreso  
 el número de hoy.  
 VIC. ¿Y qué?  
 CRIST. Que ustedes me están perdiendo.  
 VIC. ¿Cómo?  
 CRIST. Yo reduzco á números  
 todas las cuestiones.  
 VIC. Pero...  
 CRIST. Sé muy bien que los periódicos  
 necesitan tener crédito;  
 que solo lo cobran, dando  
 palos á diestro y siniestro...  
 Pero eso cuesta muy caro,  
 ergo no conviene hacerlo.  
 VIC. Es que...  
 CRIST. Nada. Es necesario  
 ser un poco pasteleros.  
 Las recogidas son cosa



- que cuesta mucho...  
 VIC. Ya...  
 CRIST. Luego  
 el suscriptor no recibe  
 el número, y...  
 VIC. Si lo veo!  
 CRIST. Y se nos disgusta, y deja  
 la suscripcion. Conque tiento.  
 Hoy nos hemos libertado  
 por milagro.  
 VIC. ¡Bah!  
 CRIST. Es tremendo  
 el artículo de entrada.  
 No vayamos á perdernos.  
 VIC. Fuera lástima. (Con malicia.)  
 CRIST. ¡Un periódico  
 que deja tanto dinero!  
 VIC. ¡Cómo!  
 CRIST. Ejem! ejem! (Qué torpe!)  
 Es decir, andando el tiempo...  
 Jem! jem! Vuelta con la tos.  
 Aquí sin duda entra viento.  
 (Yéndose hacia la puerta.)  
 VIC. ¡Yo cerraré! Pero al caso.  
 (Cierra la puerta de la derecha.)  
 (Hoy no ha de valerte el pecho.)  
 CRIST. Jem! jem! Que llaman. (Respiro.) (Lllaman.)  
 VIC. ¿Quién?  
 ROS. (Dent.) Gente de paz.  
 VIC. Adentro.  
 CRIST. (¿Faldas? Me salvé.)

### ESCENA VIII.

D. CRISTÓBAL, VICTOR, ROSARIO, á poco CAROLINA.

- ROS. Aunque ustedes  
 (Sin pasar del umbral.)  
 dispensen: ¿un caballero  
 que se llama don Gonzalo,  
 vive aquí?  
 CRIST. (Bien.)  
 VIC. Sí por cierto.  
 ROS. ¿Y está en casa?  
 VIC. En casa está.  
 (¿Gonzalo con trapicheos?)  
 ROS. Si usted quisiera avisarle...

- VIC. ¿No he de querer? Al momento.  
 ROS. ¡Señorita! (Llamando.)  
 CAR. (Don Cristóbal!)  
 (Al salir trae cubierta la cara con el velo de la mantilla.)  
 ¡Ah!  
 VIC. (¡Dos!)  
 CRIST. (Otra! bueno, bueno!...)  
 VIC. Voy á avisar á Gonzalo.  
 Tomen ustedes asiento.  
 ROS. Estamos bien. Gracias.  
 CAR. Gracias...  
 VIC. (¿Me comprende usted?  
 (Después de mirar un momento á D. Cristóbal.)  
 CRIST. Comprendo.  
 Para dos perdices... dos.  
 Está de sobra el tercero. (Indicándole la puerta.)  
 VIC. Pues...  
 CRIST. ¡Ya se arreglan ustedes!..  
 VIC. ¡D. Cristóbal!..  
 CRIST. Sí, lo entiendo.  
 ¿Qué tales son?  
 VIC. ¡Hombre! vamos.  
 CRIST. ¡Oh! ¡Ya son ustedes buenos!  
 (Frotándose las manos.)  
 VIC. Bien, pero...  
 CRIST. Jem...! (Diera un ojo  
 por ver á través del velo.)  
 VIC. (¿Quiere usted marcharse?  
 CRIST. Sí.)  
 Señoras... jem...!  
 (Parándose y mirándolas fijamente.)  
 VIC. ¡Hombre!  
 CRIST. El pecho...  
 (Marchándose.)  
 VIC. Dispensen ustedes si...  
 Pero voy.  
 CAR. Gracias. (¡Yo tiemblo!)  
 VIC. (¡Qué voz! debe ser divina.  
 Malditos sean los velos!) (Marchándose.)

### ESCENA IX.

CAROLINA, ROSARIO.

- CAR. Vámonos.  
 ROS. ¿Qué dice usted?  
 CAR. Me estoy muriendo de miedo.  
 ¡Las miradas de aquel hombre!..  
 ¡Qué imprudencia, santo cielo!  
 Si nos habrá conocido!..

- ROS. ¡Conocer! Si es casi ciego.  
 CAR. Se lo dirá á mi tutor.  
 Es su amigo y... yo me muero.  
 Vámonos.
- ROS. ¡Eh! poco á poco.  
 Si en esto hay mal, ya está hecho.
- CAR. Mi tutor tiene la culpa.  
 Sin su cuidado indiscreto,  
 sin su prohibicion de verle,  
 nunca me arrojára á esto.
- ROS. Pues ya se vé... Es fuerte cosa...  
 CAR. Eso digo yo. ¿A qué efecto?...  
 Y luego su hermano siempre  
 hablando de él...
- ROS. ¡Pues!  
 CAR. Y luego  
 lo pinta con un carácter  
 tan sublime... tan poético,  
 y dice que es tan gallardo...  
 ¡ay! ¡y me lee unos versos!...  
 que... vamos... Era imposible  
 vivir ya sin conocerlo.  
 Será una imprudencia...
- ROS. ¡Quíá!
- En los libros que leemos  
 se halla de esto á cada paso.
- CAR. Yo ansiaba ya que algo nuevo  
 me sucediese... Me tienen  
 en tanto retraimiento...
- ROS. Y además... ¿á qué negarlo?  
 Mas de una vez, y no miento,  
 ha soñado usted con él.  
 ¿Lo niega usted?
- CAR. No lo niego.  
 El que don Gabriel me pinta  
 es el hombre que yo sueño.
- ROS. Sabe usted que don Gabriel  
 la tiene a usted mucho afecto,  
 y que á mí se me figura...
- CAR. ¡Calla, calla!
- ROS. No es tan viejo.  
 CAR. Me quiere como á una hija.  
 ROS. ¡Sí! Cuando yo me lo pienso...  
 Mas... con estas tonterías  
 estamos perdiendo el tiempo.  
 Escuche usted. Mientras viene,  
 ¿quiere usted... que... olfateemos?...

CAR. ¡ La habitacion de un poeta!  
 ¡ Oh! qué desórden tan bello.  
 Qué dulce debe de ser  
 en tan humilde aposento,  
 vivir con...

ROS. Sí; pero vamos...

CAR. Tienes razon...

ROS. A ver esto...

*(Tomando un libro en rústica de la cómoda, en la que habrá un monton como de una edicion completa. Carolina lo abre á la ventura y lee.)*

«Las sociedades caminan á pasos de gigante hácia su regeneracion. La filosofia...»

CAR. ¡ Qué fastidio!

ROS. Eso es muy tonto.

CAR. ¡ Filosofia!... ¡ Ay que miedo!

«HISTORIA DEL PORVENIR.»

*(Leyéndole el título.)*

Esta es lectura de viejos.

*(Tirándolo.)*

ROS. Mire usted, aquí hay manuscritos.

*(Tomando unas cuartillas de la mesa en que aparecieron escribiendo Gonzalo y Victor.)*

CAR. Dame.

ROS. Lea usted de recio.

CAR. «Si, la mujer es el término medio entre  
 el hombre y el ángel,»

*(Leyendo.)*

¡Qué bonito!

GON. Señorita...

*(Entrando.)*

CAR. ¡Ay!

*(Cubriéndose con el velo y dejando las cuartillas.)*

ROS. ¡Qué guapo!

CAR. ¡Caballero!...

## ESCENA X.

CAROLINA, ROSARIO, GONZALO.

*(Gonzalo aparece en la segunda puerta de la izquierda con distinto traje, aunque siempre algo desaliñado. Trae puesta la levita que sacó Victor en las escenas anteriores.)*

ROS. (No olvide usted su papel.

¡Animo!)

*(A Carolina, marchándose.)*

CAR.

*(¡Estoy aturdida!)*

Usted estrañará sin duda

tan impensada visita.  
 GON. Debo confesar... (¡Qué voz!)  
 CAR. (Tal cual don Gabriel lo pinta.)  
 ROS. (Por si alguien llega, me voy  
 al pasillo de vigía. (A Carolina.)  
 CAR. (Bien.)

# ESCENA XI.

CAROLINA, GONZALO.

CAR. En efecto... es estraña  
 y tal vez... intempestiva...  
 GON. ¡Bah! ¡nada de eso! (¡Qué talle!)  
 CAR. (¿Qué he de decir...? Se me olvida...)  
 ¡Oh! ¡no me crea usted mala!  
 GON. Solo creeré, señorita,  
 lo que usted quiera que crea.  
 CAR. (Si comprende...)  
 GON. Usted vacila.  
 Está usted turbada.  
 CAR. ¡Yo!  
 Tal vez... Es tan imprevista  
 nuestra situacion, que... vamos...  
 GON. Sí.  
 CAR. (¡Curiosidad maldita!)  
 GON. Serénese usted.  
 CAR. En fin.  
 GON. (¡Oh! debe de ser divina.)  
 CAR. Quizás habrá usted leido  
 lo que dicen estos días  
 los periódicos, de cierta  
 actriz...  
 GON. ¿Alude usted á Elisa  
 de Guzman?  
 CAR. Sin duda alguna.  
 Usted tiene ya noticias...  
 GON. Sí. ¿Mas por qué habla usted de ella?  
 CAR. Porque soy...  
 GON. ¿Quién?  
 CAR. Ella misma.  
 GON. ¡Usted! Tanto honor...  
 CAR. Con esto  
 todo el misterio se esplica.  
 No quisiera presentarme  
 con obra ya conocida:  
 necesito un drama nuevo



de esos que al actor inspiran:  
usted escribirlos sabe;  
pretende el que necesita;  
hé aquí pues en dos palabras  
la causa de mi venida.

(Si hay quien lo finja mejor  
que venga, y mejor lo finja.)

GON. ¡Oh!... conquie... perdone usted...

que no sepa lo que diga...

Honor tan inesperado...

Conquie... usted... la ilustre artista,

viene á mí... escritor oscuro...

CAR. De otro modo, no vendría.

¿Acepta usted?

GON. ¿Que si acepto?

¡Oh!... Con el alma y la vida.

CAR. Gracias. Entonces...

(Yéndose.)

GON. No, no,

no se irá usted, señorita,

sin dejarme que contemple

esas facciones divinas

que grabar quiero en mi alma;

que es alma que nunca olvida.

CAR. Ah!... no.

GON. Pues bien; es preciso

que el papel que quiere, diga:

yo no he oído á usted... y siendo

escrito para usted misma...

CAR. Quiero una mujer poética.

GON. Como usted.

CAR. No, no. Una artista...

Sí, como usted.

CAR. No, mas grande:

amante, sensible, activa...

GON. Y hermosa!

CAR. A eso no me obligo.

Lo haría tan mal...

GON. (¡Divina!)

CAR. Sé adonde alcanzan mis fuerzas.

GON. Sin embargo, juraría

que no se juzga usted bien.

CAR. Quién sabe?... Al fin una misma...

Quién, no me tiene por fea;

quién, dice que soy bonita;

quién... (¿Y por qué no ha de verme

si eso le causa alegría?)

Quién... Juzgue usted por sí mismo.



(*Carolina se descubre con naturalidad.*)

GON. ¡Ah!...

## ESCENA XII.

GONZALO, CAROLINA, ROSARIO.

(*Rosario entra apresuradamente y cierra la puerta, quedándose junto á ella sujetando el picaporte. Carolina se dirige hácia ella.*)

ROS. ¡Dios mio! Señorita!

CAR. Qué?

ROS. (Que viene don Fernando.

CAR. ¡Mi tutor!) Virgen María!

ROS. ¿Qué hacemos?

GON. Pero qué pasa?

CAR. Nada.

ROS. Y no hay otra salida... (Llorando.)

CAR. Va á vernos... (Idem.)

ROS. ¡Llaman!

CAR. ¡Dios mio!

No abra usted.

ROS. ¡Oh! aquí escondidas.

(*Corriendo hácia la primera puerta de la izquierda.*)

CAR. Pero...

ROS. No hay pero que valga.

CAR. Pronto ¡Ah! (Se ocultan.)

ROS. ¡Dios nos asista!

## ESCENA XIII.

D. FERNANDO, GONZALO.

GON. ¿Qué es esto? Pero... (Abriendo.)

FER. ¡Acabáras! (Con sequedad.)

GON. Tío! usted... (Con admiracion y gozo.)

FER. Yo. Qué te admira? (Con frialdad.)

Tras lo que está sucediendo,  
mi presencia era precisa.

GON. ¡Oh! Conque al fin vuelvo á verle?

Deje usted que... (Queriendo abrazarlo.)

FER. Quita! quita! (Rechazándolo.)

No he venido á que me abrace  
ni á derramar lagrimitas.

GON. Pero... (¡siempre el mismo!)

FER. Nada.

Deja esas zalamerías.

Vengo á impedir que te pierdas,  
no por tí, por la familia;  
y vengo irritado, y vengo  
solo á evitar tu ruina.  
¡Lo sé todo!

GON.

¡Todo!

*(Mirando á la puerta de la izquierda.)*

FER.

Sí.

Consecuencias de esta vida.

Desórden y francachelas,

*(Gonzalo le oye absorto.)*

juego, malas compañías,  
¿no es esto lo que vosotros  
llamais bella poesía?

GON.

Está usted en un error.

FER.

Lo sé, lo sé. Conocida  
me es la vida de poeta.

GON.

Pero...

FER.

Conmigo no finjas.

Vuestro elemento es la crápula,

los desórdenes, la orgía,

y vivir en los cafés

mas bien que en vuestras buhardillas,

y siempre en perpétua holganza

ó en vuestras luchas mezquinas:

nada existe que os refrene,

nada respeto os inspira.

GON.

Eso era allá en otros tiempos.

FER.

Sí... la juventud del día!...

¡Qué juventud!... Pero... en fin,

no hablemos de tonterías.

Vengo á salvarte... y repito,

que no es por tí mi venida.

Quiero evitar el escándalo.

GON.

Mas...

FER.

Mi posición es crítica,

y con esto... sabe Dios

lo que de mí se diría.

Si te prendieran...

GON.

¡A mí!

Esplique usted.

FER.

Estoy de prisa.

Ya he dicho que lo sé todo.

GON.

Es que...

FER.

No mas niñerías.

Ven. Estar aquí mas tiempo

es una audacia inaudita,

digna solo de quien lleva  
tu existencia corrompida.

GON.

¡Tío!

FER.

¡Gonzalo!

GAB.

Bien! bien!

¡Bello cuadro de familia!

#### ESCENA XIV.

D. GABRIEL, D. FERNANDO, GONZALO.

FER.

¡Gabriel!

GAB.

No, si está muy bien.

FER.

Le encuentro tan obcecado...

GAB.

Contente: es muy desgraciado.

Ven acá, hijo mío, ven.

FER.

(¡Así los pierden!)

GAB.

Valor!

Te espera la última prueba.

GON.

¿Alguna desdicha nueva?

GAB.

Sí.

GON.

Diga usted sin temor.

FER.

(Bah, bah! bah! Farsa completa.)

Despacha.

(A don Gabriel.)

GAB.

No tienes esto.

(A don Fernando, indignado, y señalando al corazón.)

GON.

Dice bien... mientras mas presto...

GAB.

Sí. Léa aquí, en la Gaceta. (Entregándosela.)

GON.

¡Oh!... ¿Queda mas que sufrir? (Leyendo.)

FER.

¿Qué ha visto?

GON.

No se concibe...

GAB.

La real orden que prohíbe

su *Historia del porvenir*.

¡Vamos! Animo!

FER.

Pero...

no sabia...?

GAB.

Nada.

FER.

¡Ya!

GON.

Todo contra mí.

GAB.

¡Bah! bah!

No todo; te vivo yo.

GON.

¡Ah!

GAB.

Vamos, no hay que perder

los momentos de esta suerte...

Tal vez vendrán á prenderte.

GON.

Qué importa?

FER.

Mucho á mi ver.

Sabiendo ya lo que pasa,  
por Gabriel, vine á buscarte:  
creo que no han de encontrarte  
si yo te oculto en mi casa.

GON.

Gracias.

FER.

Todo se concilia.

GAB.

(¡Que miren y no comprendan!...)

FER.

(Evitemos que le prendan...  
por honor de la familia.)

GON.

Haber trabajado un año

día y noche sin cesar,

¡y por galardón llevar

tan terrible desengaño!

GAB.

Calma. Tu frente aun se niega

á dibujar una arruga;

no es el gamo, es la tortuga

la que al fin mas pronto llega.

Quien ansie un puesto lograr

nunca prisa ha de tener,

que no es el mucho correr

la ciencia del caminar.

FER.

(¡Aspavientos!) No debemos  
retardar...

GAB.

¿Te ha conmovido? *(Con ironía.)*

FER.

Sí...

GAB.

Te lo creo.

GON.

¡Perdido!

GAB.

Lo que es eso... ya veremos.

## ESCENA XV.

D. GABRIEL, D. FERNANDO, GONZALO, D. CRISTÓBAL, VICTOR.

GAB.

Pero... Victor!

*(Llamando.)*

CRIST.

(¡Bien! Tan quieta

la gente... Lo presumí.)

*(En la puerta.)*

GAB.

Debes decírselo.

*(Señalando á Victor en el momento en que sale.)*

GON.

Sí.

CRIST.

(Si aun no han visto la Gaceta...)

Señores...

FER.

¡Oh! ¿Usted acá?

GAB.

¿Tan pronto?

CRIST.

Por hacer hora...

(Si me los venden ahora...  
hago un negocio, ¡que ya!)

- Oiga usted. He reflexionado  
sobre aquello... y puede qué...
- GAB. (Tonto!) ¿Conque sí?... ¡Vea usted!
- CRIST. Si el precio es muy arreglado...
- GAB. Sí? Hombre... Un libro tan malo,  
sin rasgos, sin interés,  
sin nada, que nada es,  
y firmado por Gonzalo!...
- CRIST. Eso dije sin leer...
- GAB. ¿Necesita usted tal cosa?  
La práctica...
- CRIST. Es engañosa.
- GAB. Usted se quiere perder.
- CRIST. Deme usted un *ego te absolvo*;  
habré errado: he sido un necio.  
Conque... ea! el último precio.
- GAB. ¡Jem! jem! ¿Quiere usted un polvo?  
(*Ofreciéndoselo.*)
- CRIST. (Llegué tarde. A haber sabido...)
- GAB. Sería engañarlo á usted:  
lo han prohibido... y...
- CRIST. (Jé, jé, jé! (*Tosiendo.*)  
aquí estoy ya conocido.)  
(*Víctor y Gonzalo habrán estado hablando aparte.*  
*Don Fernando paseándose con impaciencia.*)
- VIC. ¡Es una infamia! (*A Gonzalo.*)
- GON. No se halla  
nada en él que se deslice...
- FER. ¡Gonzalo! (*Impaciente.*)
- GAB. (Eso no se dice:  
hazte la víctima y calla.)  
(*Aparte con rapidez á Gonzalo.*)
- CRIST. Siento mucho... (*A Gonzalo.*)
- GON. La justicia  
defendí en él con vigor.
- GAB. (Así.) (*A Gonzalo.*)
- CRIST. ¡Qué libro!
- GAB. Valor!
- CRIST. Lo leo con tal delicia... (*Haciendo extremos.*)
- FER. ¿Vámonos? (*Marchándose impaciente.*)
- GON. Sí: pero...  
(*Mirando á la puerta de la izquierda.*)
- GAB. Yo  
me quedo aquí.
- VIC. (¿De qué modo (*A Gonzalo.*)  
saldrán?)
- GAB. Cuidaré de todo. (*Llegándose á ellos.*)



- GON. Es que...
- GAB. De todo.  
(*Mirando á la puerta izquierda.*)
- GON. Usted! oh!
- Vamos pues.
- GAB. (La he visto entrar.) (A Gonzalo.)  
(*Viendo aparecer de nuevo á don Fernando en la puerta de la derecha.*)
- Adios. Vé con él. (A Victor.)
- VIC. GON. Adios. (Marchándose.)
- CRIST. Conque, hombre... aquí entre los dos...  
si usted se puede arreglar...
- GAB. Lo prohibido...
- CRIST. Estoy al cabo.
- GAB. Yo no.
- CRIST. Sí... ¡Ya es usted tonto!
- Ya...
- GAB. Se vende caro y... pronto.  
Nos veremos.  
(*Dándole una palmada en el hombro.*)
- CRIST. (¡Bravo!)
- (*Saluda y se va frotándose las manos.*)
- GAB. ¡Bravo! (Satisfecho.)

## ESCENA XVI.

D. GABRIEL.

(*Se pasea gozoso y dice con tono ligero.*)

Hay mil flaquezas humanas  
que el mundo tal vez no nota,  
mas que con provecho explota  
el hombre que peina canas.  
Desde que humanos ha habido,  
desde los tiempos de Adan,  
existe el ardiente afan  
de anhelar lo prohibido.  
Con análisis profundo  
he estudiado esa tendencia,  
y... en ella encontré la ciencia  
de los hombres y del mundo.  
Nada era Gonzalo, cuando  
su libro hice prohibir:  
hoy lo que quiera pedir  
le darán por él. Fernando  
le viene á buscar tambien,  
de graves temores lleno...



Pues señor, el mundo es bueno... *(Transición.)*  
 si se le conduce bien.

### ESCENA XVII.

D. GABRIEL, CAROLINA, ROSARIO.

GAB. Carolina!... *(Llamando.)*

CAR. Ay! usted aquí? *(Sorprendida.)*

No me riña usted, por Dios  
 no me riña usted... Las dos  
 salimos á misa, y...

ROS. ¿Y cómo...

GAB. Calle usted! *(A Rosario.)*

CAR. Ah!...

Como está usted siempre hablando  
 de él... y como don Fernando  
 siempre diciéndome está  
 que si vá no le reciba;  
 como al fin una es mujer,  
 y en nosotras suele ser  
 la curiosidad tan viva...  
 de no ser notada cierta,  
 sin temer ningun reproche  
 déjeme en la iglesia el coche  
 y salí por la otra puerta.  
 Pese usted bien mi disculpa;  
 nunca en Gonzalo pensé  
 hasta... No me riña usted, *(Rompiendo á llorar.)*  
 que ustedes tienen la culpa.  
 Pues... como...

ROS.

GAB. ¡Calle usted!

ROS. Bien,

mas...

GAB. ¡Chitón!

ROS. Voy al decir...

CAR. ¿Conque me va usted á reñir?  
*(Acariciando á D. Gabriel.)*

Tendré ese pesar tambien.

GAB. ¿Yo enojarte?... ¿Yo... y podría?...

CAR. Recuerde usted mi cariño.

GAB. ¡Pero si yo no te riño!...

*(Con las lágrimas en los ojos.)*

¡No sé reñirte, hija mía!...

ROS. *(Vamos...)*

GAB. Si yo á tí...

CAR. ¿Qué escucho?

GAB. Si yo no sabré decirte  
nada que pueda alligirte!...  
Si siempre te quiero mucho!  
Sí... (Pero no, no; qué he dicho?)  
Señorita, señorita,  
esta imprudente visita,  
este singular capricho  
es muy reprehensible.

CAR. ¡Oh!

¿Qué dice usted?

GAB. Si viniera  
la justicia aquí, y la viera...  
¡Su honor de usted... No, no, no!  
Esto no puede pasar.

CAR. Cómo! ¿la justicia aquí?...

¿Habla usted de veras? (Sobresaltado.)

GAB. Sí.

Deben venirle á buscar.

CAR. ¿A quién?

A Gonzalo.

CAR. A él!

ROS. ¡Jesus!

GAB. La razon les sobra:  
le han prohibido esa obra  
que es un ataque cruel  
á la sociedad.

ROS. (A ver!...)

CAR. ¡Dios santo!

GAB. Él se ha escabullido...

CAR. Ah! conque...

GAB. Sí.

ROS. (¡Prohibido!

Si yo supiera leer!)

(Cogiendo el mismo libro que tiraron antes, y hojeán-  
do'o á hurtadillas.)

CAR. Conque en él no hay que pensar;  
él loco... tu ~~fuiste~~ inocente...  
te *prohibo* espresamente...

(Acariciándola y sonriéndose.)

Que le vuelvas á mirar.

CAR. Bien...

GAB. Vamos pronto, no sea  
que vengán...

CAR. (Ay, no me atrevo!)

(Mirando hácia el sitio adonde tiró el libro, y ha-  
blando aparte con Rosario, mientras don Gabriel la con-  
templa estasiado.)

Ros. (Coge el libro. (A Rosario.)  
Ya lo llevo  
(Sacándolo de debajo de la mantilla y volviéndolo  
á ocultar.)

GAB. para que usted me lo lea.)  
Vamos. Tan corto desliz  
(Viendo que Carolina vuelve á él.)  
ya olvidé; y... No llores.

CAR. Yo...

GAB. (Qué hermosa! Ah! pero no.  
El solo la hará feliz.)

(Carolina y Rosario se dirigen hácia la puerta: Don  
Gabriel al foro para tomar su sombrero. Cuando está de  
espaldas a ellas se limpia los ojos y dice ahogado en lá-  
grimas.)

A mi edad este cariño  
que sosegar no me deja!...

¡Pobre de mí! Tú eres vieja.

Oh!... Sí... Pero tú eres niño!

(Llevándose la mano de la cabeza al corazon. Vanse.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

## ACTO SEGUNDO.

---

*Gabinete octógono en casa de D. Fernando. Hasta la mitad de la altura de la habitacion, estantes de libros; sobre estos, retratos de familia.*

*Puerta al foro: á la derecha ventana y puerta: la ventana en primer término, la puerta en segundo: da al jardín, al que se baja por una escalinata. A la izquierda chimenea y dos puertas. La ventana cubierta de enredaderas.*

*Mesa-escriptorio junto á la ventana: cerca de la chimenea un velador y dos butacas. Sobre el velador infinidad de libros magníficamente encuadernados y dos jarrones de china. Todo el mayor lujo posible.*

*Al levantarse el telon D. Gabriel estará sentado junto á la mesa hojeando los periódicos, y Rosario cerca del velador, de pie: tiene el delantal lleno de flores, que va colocando en los jarrones.*

### ESCENA PRIMERA.

D. GABRIEL, ROSARIO.

GAB.	¿Qué haces?	(Dejando de leer.)
ROS.	Estoy adornando la habitacion.	
GAB.	Mucho cuidas de Gonzalo.	
ROS.	¡No que no!	
GAB.	No te he visto tan solícita.	
ROS.	Como que aquí nadie sabe que está, á no ser la familia, D. Cristóbal y D. Victor,	



que vienen todos los días...  
 Como que el pobre está oculto  
 sin poder salir ni á misa...  
 Vea usted... Por haber escrito  
 unas cosas tan bonitas!  
 ¡Hola! conque tú leiste...  
 No señor, hablo de oídas...  
 Yo no sé de letras.

GAB. Bien.  
 Ros. Y esas cosas prohibidas,  
 no son de las que me lee  
 de noche la señorita.

GAB. (Clavado!)  
 Ros. Y dígame usted:

¿No es una gran picardía  
 que al pobrecito señor,  
 tan bueno, tan sin malicia...  
 le quieran prender? Su libro  
 tiene de malo ni pizca?

GAB. Sí...

Ros. Pero hay tanto tunante!...  
 ¡Ay!... si yo por solo un día  
 fuera hombre...

GAB. Ya lo creo!  
 Pero con esto te olvidas...

(Señalándole las flores.)

de...

Ros. Tiene usted mil razones.  
 Si me tardára, vendría  
 don Fernando...

GAB. Y qué?

Ros. No quiere  
 que entremos aquí. Manías!  
 Es el señor mas...

GAB. Rosario!

Ros. Perdónese usted.

GAB. (¡Oh!...)

Ros. De prisa

voy á acabar. Si viniese...  
 Dice que la compañía  
 del señorito Gonzalo  
 es... ¿cómo dice?... ah! nociva!  
 que los poetas son hombres  
 que hacen daño con la vista;  
 que la juventud está  
 mas que nunca pervertida,  
 y que si llegara á ver

- aquí á doña Carolina  
ó á mí... Jesus! Dios no quiera  
que averigüe mis venidas!
- GAB. Pero tú á pesar de todo...
- ROS. Chist! Esto no es cosa mia.
- GAB. Ya!
- ROS. No señor. Soy mandada,  
y mandan que no lo diga...  
Conque...
- GAB. Sí. Pero esas flores...
- ROS. Es verdad: voy en seguida.
- GAB. (Lo quise... y los dos se aman.  
¿Por qué siento esta agonía  
al saberlo? Vamos... calma.  
Seamos hombre.)
- ROS. Cómo pinchan!
- GAB. Te has lastimado?
- ROS. Sí, un poco.
- GAB. Toda rosa tiene espinas.  
(Eran uno para el otro,  
y las personas queridas  
de mi alma!... Si son felices  
poco me importa mi dicha.  
Pero es fuerza que apesure  
su union. No sé si tendria  
fuerzas para... La amo tanto!  
*Prohibamos* é irá de prisa.  
Si hallára un inconveniente  
de bulto... Sí, sí. Eso haria  
que la llama se aumentase  
y....) Rosario!...
- ROS. Huy! Malditas!  
(*Dejando las flores.*)
- GAB. Rosario?...
- ROS. Qué manda usted?
- GAB. ¿Sabe doña Carolina  
lo de don Cristóbal?
- ROS. Qué?
- GAB. Ese señor que visita  
tanto á mi hermano, tan rico...  
tan...
- ROS. Con tanta tos! Da grima  
el oirlo. Y qué hay?
- GAB. ¿No sabes  
que quiere á tu señorita,  
y que ahora debe venir,  
segun me ha dicho, á pedirla?

- ROS. Jesus! Jesus! Dios nos libre!...
- GAB. Ah! conque no lo sabias?  
Pues cuenta que es un secreto.  
Que no lo sepa ella misma.
- ROS. Descuide usted. ¡Ay Dios mio,  
con la tos... con las tirillas...  
con aquella facha!...
- GAB. ¿Y qué?  
Pues se casarán. Descuida.  
Es millonario, y mi hermano  
se alegra...
- ROS. ¡Virgen María!
- GAB. Repito que es un secreto:  
¿estás? Que nadie...
- ROS. Bonita  
soy yo para ir á contar...
- GAB. Ya lo sé. Pero si chistas...
- ROS. ¡Oh! bien sabe usted que yo  
no abro el pico ni hecha trizas.
- GAB. ¿Por qué guardas esas flores?  
(Viendo un ramo que va formando.)
- ROS. ¡Ah! son para doña Luisa  
la de ahí enfrente.
- GAB. No sé...
- ROS. Sí señor... una que es hija  
de un señor de ringo rango.  
Pues si es la mejor amiga  
de la señorita!
- GAB. Ya.
- ROS. Y se mandan florecitas  
á cada instante... y se quieren...
- GAB. Bien. Conque aquello...
- ROS. Cosida.  
(Haciendo ademan de coserse la boca.)

## ESCENA II.

Dichos.—VICTOR.

- VIC. No está. Señor don Gabriel...
- GAB. Adios, Victor. Buenos dias.  
¿Se viene á ver al recluso?
- VIC. Sí señor. Tambien creia  
hallar aquí á don Cristóbal,  
á quien hablar me precisa.
- ROS. Ah!... Conque usted tambien sabe  
que hoy á doña Carolina

- viene á pedir?  
 VIC. ¡Yo!  
 GAB. ¡Rosario!  
 Así guardas...  
 ROS. No sabia...  
 Como que dijo...  
 GAB. Silencio!  
 ROS. Es que...  
 GAB. No mas.  
 ROS. Una...  
 GAB. ¡Chica!  
 ROS. Al fin...  
 GAB. Ya que esta imprudente  
 cuenta lo que es todavía  
 un secreto para todos,  
 le exijo que á nadie diga...  
 VIC. ¡Oh!... Descuide usted.  
 GAB. Descuido.  
 (Marcha á las mil maravillas.)  
 ¡Ah! sobre todo á Gonzalo.  
 VIC. Bien.  
 CRIST. Señores... (En el foro á la derecha.)  
 ROS. (¡Pobre niña!  
 Voy á contárselo al punto,  
 aunque después me despidan.  
 (Váse por la puerta del jardin.)

### ESCENA III.

D. GABRIEL, VICTOR, D. CRISTÓBAL.

- GAB. Victor le buscaba á usted.  
 Les dejo pues...  
 VIC. No precisa.  
 CRIST. Bien. Pero... ¿Y esa segunda  
 edicion? (No es mala viña!)  
 GAB. En mi despacho le aguardo.  
 Cuando concluyan... No hay prisa.  
 VIC. No, no. ¿Pero á qué esperar?...  
 CRIST. Si ahora mismo se podria...  
 Eso es cosa de un instante.  
 No hay mas que echar una firma,  
 y...  
 GAB. Sí, todo se andará.  
 CRIST. Yo por usted lo decia.  
 GAB. Ya lo sé: gracias. Parece  
 que ansía usted mucho adquirirla?

CRIST. Jem! jem! hoy estoy fatal.

GAB. Sí. Sin duda vendería  
bien la primera.

CRIST. Jem! jem!

GAB. ¿Aprieta la tos?

CRIST. Maldita!...

GAB. Aliviarse... y hasta luego.

CRIST. (Este hombre me crucifica.)

(Vase don Gabriel por la segunda puerta de la izquierda.)

### ESCENA IV.

VICTOR, D. CRISTÓBAL.

VIC. Usted dirá. Le he buscado  
segun su aviso.

CRIST. Es verdad.

Pues al caso, y brevedad,  
que tengo el tiempo tasado.  
He advertido con dolor,  
y cuenta que no es manía,  
que el periódico se enfria,  
que ha perdido aquel vigor...  
aquellas aspiraciones  
tan patrióticas, tan santas,  
que le daban tantas, tantas,  
tantísimas suscripciones.

VIC. ¿Qué quiere usted que le haga?

Yo por mí... (Ya da el quién vive!)

CRIST. Es que como usted lo escribe...

VIC. Es que como usted lo paga!

CRIST. Bien! bien!... pues por eso quiero  
salir de este compromiso.

VIC. No me dijo usted: «Es preciso  
ser un poco... pastelero?»

CRIST. (¡Maldita memoria!) Sí...

Lo dije... así... entre nosotros...

Pero los tiempos son otros...

y las circunstancias... y...

VIC. Nada, estoy en mi derecho.

¿Ha caído el gobierno?

CRIST. Ya!

Mas se dice que caerá.

VIC. Sí; pero del dicho al hecho...

CRIST. En fin...

VIC. Usted me previene  
que me vaya con cuidado.



CRIST. Pastelerías á un lado,  
y hablemos como conviene.

VIC. Bien.

CRIST. Los números primero  
que nada... así no hay error.

¿Cuál periódico es mejor?

—El que deja mas dinero.

VIC. Eso será para usted.

CRIST. Para todos. Esta es buena!

Si aquí el que no come... cena.

VIC. Señor don Cristóbal!

CRIST. Eh!...

Usted es niño todavía.

Pero ya irá comprendiendo....

VIC. Le advierto que no me vendo,

por si es que esa algaravía

va á parar en que ha vendido

su periódico al poder.

CRIST. Pero hombre por Dios! Vender...?

Pues mire usted, no he caído...

Báh! báh! fuera un insensato.

Yo venderme? Yo! Y lo escucho?

El género abunda mucho

y se paga muy barato.

Oiga usted. Nuestros mayores,

gentes de poco saber,

adulaban al poder,

á los grandes y señores.

Al principio... bien... vivían;

pero tanto en ello dieron,

que al fin los grandes creyeron

que todo lo merecían.

Y ya ve usted, de ese modo

no pensaban en pagar...

El gran arte de adular

se vió perdido del todo.

Pero unos tiempos traen otros,

y estos suelen ser mejores.

Pasaron nuestros mayores...

y aparecimos nosotros.

Gente lista y avisada,

¡eso sí! El mundo rodó,

y la sociedad quedó

á la moderna arreglada.

Ya nadie habló de adular

al poder... nadie quería

bajarse... y era que había

otra mina que explotar.  
 El pueblo! Al mirarlo pobre,  
 no vieron que era un tesoro,  
 y que mas que poco oro  
 vale muchísimo cobre.  
 Nosotros sí. Ya hombres hechos,  
 por la mano le tomamos,  
 y animosos le gritamos:  
 «Pueblo, tú tienes derechos!  
 Rompe ese yugo importuno,  
 ya es fuerza que libre andes,  
 tú vales mas que los grandes,  
 tú vales mas que ninguno.  
 Tú serás lo que quisieres,  
 no soportes mas cohechos.»  
 Y al mostrarle sus derechos

*(Con sonrisa maligna.)*

no le hablemos de deberes.  
 Ya se vé! como no estaba  
 al incienso acostumbrado,  
 el pobre pueblo, adulado,  
 como un príncipe pagaba.  
 Y así va el tiempo corriendo,  
 y así va el mundo rodando,  
 unos pagando... pagando....  
 y otros comiendo... comiendo....

VIC. No; pero eso es un error;  
 hay quien como yo defiende...

CRIST. Ese de balde se vende,  
 y esa es la venta peor.

VIC. Y no vale la conciencia?...

CRIST. Ese dicho estafalario  
 no está en nuestro Diccionario,  
 ni es técnico en nuestra ciencia.  
 Pero cansarle no quiero.  
 Volvamos...

VIC. Sí, por favor.

CRIST. Cuál periódico es mejor?  
 —El que deja mas dinero.

VIC. Adelante.

CRIST. Es necesario,  
 y ustedes lo arreglarán,  
 que de hoy mas, sea un volcan  
 cada línea del diario.

VIC. Puede usted contar conmigo  
 entre los que mas se arrojen.  
 Pero como lo recogen...

- CRIST. Pues si por eso lo digo!  
Seguir mas tiempo no quiero  
una rutina enganosa.  
Las recogidas, son cosa  
que deja mucho dinero.
- VIC. No lo acierto á concebir.
- CRIST. Es cuestion muy delicada.  
¿No le ha enseñado á usted nada  
*La historia del porvenir?*  
Ese escritor entusiasta  
que hoy tanto se considera,  
fué ayer redactor-tijera,  
es decir, *papiro-plasta*.
- VIC. Y bien?
- CRIST. Y bien. Eso mismo  
que estamos viendo pasar,  
¿por qué no se ha de aplicar,  
corregido, al periodismo?
- VIC. Aplicar!...
- CRIST. Pues está claro.  
Creo que el ser recogido  
está pronto conseguido.
- VIC. Ya ; pero eso cuesta caro.
- CRIST. Al revés. Al pronto asusta  
la idea... Mas...no señor,  
ni tan solo un suscritor  
se queja... A todos les gusta.  
Esta conducta es tan noble!...  
Pero dirá usted, y se funda,  
«habrá que tirar segunda  
edicion, y el gasto es doble.»  
Pues al revés. Oh! Si á pasto  
las pudiera yo tomar!  
Cada una me viene á ahorrar  
casi la mitad del gasto.  
Del número que se intenta  
que recojan, no millares,  
sino algunos ejemplares  
se tiran, unos cuarenta.  
Luego, con saña cruel,  
á cargar con ellos vienen...  
Todos lástima me tienen;  
pero yo me ahorro el papel.  
Bien sé que usted me dirá,  
para matar mi alegría:  
«¿Y la otra edicion?» Se haria...  
Pero si es tan tarde ya!...

Y cuando, por compasion,  
 á los pobres suscritores,  
 que á ello son acreedores,  
 demos segunda edicion,  
 el número encabezad  
 con: «Nuestro número ha sido,  
 hace poco, recogido  
 de orden de la autoridad.  
 Dispensen nuestros lectores  
 si no se reparte presto,  
 más pierde la empresa en esto  
 que los mismos suscritores.  
 A pesar de lo que cuesta,  
 segunda edicion hacemos.  
 ¿Pero asegurar podremos  
 que llegue á sus manos esta?  
 Cumplida indemnizacion  
 daremos que al mundo admire,  
 cuando el poder no nos mire  
 con tanta predileccion.»

VIC. Sus intentos, aunque malos,  
 por útiles los tolero.  
 De hoy mas dará *El Noticiero*,  
 no noticias, sino palos.  
 CRIST. Corriente. Muy bien.

VIC. Ah! Hablando  
 de estas cosas, me olvidé  
 de su encargo. Tome usted.  
 (Dándole unos papeles.)  
 CRIST. Ah! ya! lo de don Fernando.  
 (Se los guarda con mucho misterio.)

### ESCENA V.

VICTOR, D. CRISTÓBAL, GONZALO.

VIC. Gonzalo!  
 GON. Adios. Don Cristóbal...?

CRIST. Mi tio ha ido á consultarme  
 sobre la venta, y le he dicho  
 que con usted lo arreglase.  
 No quiero hacerle esperar.  
 Conque...

VIC. Adios.  
 CRIST. Voy á buscarle.  
 (Si va á presidio... se venden  
 ocho ó diez mil ejemplares.)

## ESCENA VI.

GONZALO, VICTOR.

*(Los dos siguen con la vista á don Cristóbal hasta que desaparece.)*

GON. Vamos. ¿Qué hay de nuevo?

VIC. Nada.

GON. Dí: no temas afectarme.

Mi causa se ha empeorado?

VIC. Ya no puede empeorarse.

GON. Me condenan.

VIC. Es lo mismo.

GON. Cómo?

VIC. Piensan condenarte.

GON. Bien.

VIC. Por qué te pones triste?

GON. Quién? Yo triste? Es mi carácter.

VIC. Sí...

GON. Para que no me prendan,

buscar yo mismo la cárcel!

Bello porvenir!

VIC. Por qué?

Tú no pisabas la calle.

GON. Sí; pero la libertad...

VIC. No la aprovechabas antes.

GON. Es que entonces no queria  
y ahora no puedo.

VIC. Contrastes.

En fin, ánimo y...

GON. Sí, ánimo.

Esto tiene que acabarse.

Seguir así es imposible:

mi vida, tú bien lo sabes,

es una historia de lágrimas

que toca á su desenlace.

Ay! qué pronto trascurrieron

aquellos días fugaces,

que en nuestra pobre buhardilla

vimos correr sin pesares.

VIC. Sí! Tristes... Casi sin pan...

No tienes por qué quejarte.

Has adquirido importancia;

se habla de tí en todas partes;

España entera te admira;

has remediado á tu madre



- y á mí... Sin contar con que  
aquí vives á lo grande.
- GON. Mejor que en jaula dorada  
canta el pájaro en sus árboles.
- VIC. De algun cautivo refieren  
nuestros antiguos romances,  
que una sultana le hizo  
el cautiverio agradable.
- GON. La veo tan poco... Y mira,  
mas que nada, eso me trae...  
Si me olvidará... Ella sola,  
sola ella y mi pobre madre,  
pueden hacerme que crea  
la existencia soportable.
- Tú estas viendo lo que sufro:  
sobre mí todos los males  
van cayendo... Oh!... Sin ellas!...  
Salir de este mundo es fácil.
- VIC. ¡Gonzalo!
- GON. Mas de una vez  
vino esa idea á halagarme.
- VIC. ¡Por Dios! No me hables así.
- GON. La vida es un fuerte cable  
compuesto de muchos hilos  
que uno á uno se deshacen...  
Solo dos quedan del mio.  
Cuando uno de ellos me falte,  
un soplo romperá el otro  
y acabarán mis pesares.
- VIC. Pero Carolina...
- GON. Victor!
- Si es que no quieres matarme...  
Si me amas... si eres mi amigo,  
no la mires... no la hables...
- VIC. Cómo! celos... y de mí?
- GON. Tenme lástima y compláceme.
- VIC. Bien; pero...
- GON. Te has ofendido?
- No pensé...
- VIC. Qué disparate!  
Voy á ver si algo averiguo  
sobre tu causa.
- GON. Un instante.
- VIC. Entre tanto no sospeches  
de quien como yo te ame.  
Sospecha de don Cristóbal.
- GON. Qué dices?

VIC. Faltar me haces  
á un secreto. Hoy venir debe  
á pedirla.

GON. Tú lo sabes?...

VIC. Sí. (No mirarla... ¿y por qué?  
Ridiculez semejante!...)

(Al salir Victor se encuentra con D. Fernando. Le saluda, y D. Fernando le contesta con sequedad.)

VIC. Señor don Fernando...

FER. Adios!

### ESCENA VI.

GONZALO, D. FERNANDO.

GON. Tío!

FER. Siempre que aquí entro  
á tu lado me lo encuentro.  
Siempre reunidos los dos.

GON. Victor...

FER. Joven excelente...  
¡buena cabeza á fé mia!  
Por lástima lo tenia  
don Cristóbal de escribiente.

GON. Cómo?

FER. Vas á decir que él...  
y tú, escribís... Bah! bah! bah!  
No se me engaña á mí ya  
como á mi hermano Gabriel.  
Cuatro renglones cortados...  
versitos... eso sí hareis...  
Mas vosotros qué entendéis  
de los negocios de estado?

GON. Mi editor quizás... Presiento  
que él le ha dicho...

FER. Aprende de él,  
cómo escribe su papell!  
Qué cabeza! qué talento!

GON. Sí...

FER. Búrlate. Ya cualquiera  
de vosotros eso haría!  
Qué juventud la del día!  
Si esto en mis tiempos se viera!  
A ese joven, te prevengo  
que encontrar no quiero aquí,  
tengo una pupila, y...  
demasiado que hacer tengo

contigo... temiendo verme  
la justicia en casa. Hay quien  
nunca me ha querido bien,  
y eso bastara á perderme.  
¡Oh!

GON.

## ESCENA VIII.

GONZALO, FERNANDO, ROSARIO.

*(Rosario sale corriendo por el foro derecha riendo á carcajadas; trae en la mano varios periódicos y cartas.)*

ROS. ¡Já! ¡já! ¡já! (D. Fernando!)

FER. ¿Qué busca usted?

ROS. Yo venia...

*(Señalando á la habitación de don Gabriel.)*

FER. Esas risas...

ROS. Me reia...

FER. Hable usted. Yo se lo mando.

ROS. Es que...

FER. Vamos!

ROS. Diré á usted:  
don Cristóbal...

FER. Lo que fuere.

ROS. Me han dicho que pedir quiere  
á la señorita.

FER. Y qué?

GON. (¡Dios mio!)

ROS. Yo...

FER. Quizá fuera  
eso hacerla algun agravio?

Es maduro, rico, sabio...

Pues ella qué mas quisiera?

GON. ¿Cómo?

FER. No es ningun galan...  
de esos... Mas, ¿qué hace usted aquí?

ROS. Nada... me voy...

GON. (¡Ay de mí!)

ROS. (Qué señor tan raro y tan...) *(Marchándose.)*

GON. Conque usted la casa! ¡Y con...

FER. Hasta ahora nada me ha dicho,  
y tal vez sea un capricho  
de esa chica; una ilusion.

GON. No, no; ¡es verdad!

FER. Ojalá!

GON. Pero él viene. Dejanós.

GON. Son tan distintos los dos,

que usted no consentirá...  
 FER. Cuando yo un camino tomo,  
 no sufro que se me arguya.  
 GON. (Esto es fuerza que concluya.  
 El cómo... ¡Dios sabe cómo! (Marchándose.)

### ESCENA IX.

D. FERNANDO, D. CRISTÓBAL.

CRIST. Hola!

FER. Le esperaba á usted.

CRIST. Tenemos que hablar despacio.

FER. (¡Era cierto!) Cuanto guste.  
 Sentémonos.

CRIST. Aceptado.

Su discursito de usted...

(Dándole los papeles que tomó de Victor.)

FER. Hombre! Le habré dado un rato...

CRIST. No señor, si eso no es nada;  
 si no me cuesta trabajo.

FER. Cómo podré yo pagar...

CRIST. Con que agrade en el Senado,  
 y con que aplaudan á usted,  
 estoy satisfecho.

FER. Vamos...  
 que yo sé que usted aspira  
 á otro premio.

CRIST. Ni pensarlo.  
 Apréndaselo usted bien.

FER. Mucho costará: es tan largo...

CRIST. El último que le hice  
 estuvo muy bien parlado.  
 Tiene usté una gran memoria!  
 Yo hablaría en el diario  
 de usted con toda mi alma;  
 ¡pero eso sale tan caro!

FER. ¿Cómo?

CRIST. Si me lo recogen...

Usted es tan incendiario...

Y una recogida es cosa  
 que me cuesta tanto... tanto!

FER. Eso corre de mi cuenta.

CRIST. (Pues señor, vamos pescando.)  
 Hombre, no, no!

FER. Usted me ofende.

- CRIST. Entonces, acepto.  
 FER. Al grano.  
 CRIST. A ver! Déme usted el discurso... (Tomándolo.)  
 Tal vez no estará muy claro.  
 El chico que lo escribió...  
 ¡jem! ¡jem! que me lo ha copiado,  
 tiene una letra tan...  
 FER. Bah!  
 Ya entiendo esos garrapatos.  
 Conque vamos al asunto.  
 CRIST. Como á usted le plazca. Vamos.  
 FER. ¿No tiene usted que decirme  
 nada? (Después de una pausa.)  
 CRIST. Yo? Estoy aguardando.  
 FER. (Quiere que le abra camino.)  
 Hable usted ya sin cuidado.  
 CRIST. Pero qué he de hablar?  
 FER. Pues hombre,  
 así podemos estarnos.  
 Lo sé todo.  
 (Rosario sale de la segunda habitación de la izquierda  
 y se dirige de puntillas hacia el foro, después de mirar á  
 D. Cristóbal y hacer un gesto.)  
 CRIST. Todo!  
 FER. Sí.  
 Y lo apruebo y me es muy grato.  
 CRIST. Bien. Mas si usted no se explica...  
 FER. Teme usted aun declararlo?  
 CRIST. No, no. Es que no entiendo jota...  
 FER. De las frases de estos casos...?  
 No importa. Ya le he entendido.  
 CRIST. Pero...  
 GAB. Timidez á un lado.  
 Se la doy á usted.  
 CRIST. Tantísimas...  
 (En el tomar no hay engaño.)  
 (Después de encogerse de hombros y de mirar fijamente  
 á D. Fernando.)  
 GAB. Hola! Aun está usted aquí?  
 CRIST. Me marchaba...  
 GAB. Adios, Fernando.  
 FER. Adios.  
 GAB. Tenia que hablarte...  
 CRIST. Yo ya he dicho que me marchó.  
 Volveré.  
 GAB. Adios.  
 FER. Hasta luego.



CRIST. (Qué será lo que me ha dado?)

### ESCENA X.

D. GABRIEL, FERNANDO.

GAB. Ay! *(Apoyándose en un sillón.)*

FER. Qué tienes? Estás malo?

GAB. No sé qué pasa por mí.

FER. Pero qué sucede... dí?

GAB. Que han condenado á Gonzalo!

FER. Cómo? Gran Dios!

GAB. Su pesar  
partes, hermano, conmigo?  
Qué injusto he sido contigo!  
No me debes perdonar.

FER. Pero... espílicate...

GAB. Imbuido  
en un plan que me ha fallado,  
yo su mal he procurado,  
yo, insensato, le he perdido.  
Su libro hice denunciar  
porque importancia adquiriera,  
y así fué... Mas quién creyera  
que le iban á condenar!

FER. Oh! no, no; pues si eso pasa,  
tomar un rumbo es preciso...  
Yo no acepto el compromiso  
de tenerle oculto en casa.  
Condenado! No, no.

GAB. Ah!

Eres siempre el mismo.

FER. Sí!

Mira cómo me vá á mí;  
mira á tí cómo te vá.

GAB. A mí?... Ah...! Llegará un día  
en que los remordimientos  
amargarán los momentos  
postreros de tu agonía...  
Jóven apenas, tu ciencia  
se cifró en atesorar,  
y así sigues, sin pensar  
que existe una Providencia.  
Pronto oirás tu hora fatal;  
tu vida pende de un hilo...  
y no morirás tranquilo,  
porque has hecho mucho mal.

Vivir de placeres lleno,  
 con laureles, con amor,  
 con riquezas... Sí señor !  
 todo eso es bueno, muy bueno...  
 Mas cuando la senectud  
 viene con sus desengaños;  
 cuando terribles los años  
 nos llevan al ataud;  
 entonces, adics honores...  
 adios falsos oropeles,  
 adios mentidos laureles,  
 adios riquezas y amores.  
 El alma sufre abatida  
 por desengaño profundo,  
 y todo el oro del mundo  
 no da un minuto de vida.  
 No hay quien prolongarla pueda;  
 solo se goza una vez.

FER.

Y entonces, en la vejez,  
 qué nos queda ?

GAB.

Qué nos queda ?

Amor, ilusiones, gloria,  
 al jóven no sobreviven;  
 pero los recuerdos viven  
 para el viejo en la memoria.  
 Los hay que oprimen el pecho;  
 que el corazon nos maltratan;  
 que el sueño quitan; que matan...  
 son los del mal que hemos hecho.  
 Oh !... pero los hay tambien,  
 que de dulcísima calma  
 henchida dejan el alma;  
 son los recuerdos del bien.  
 Quedan dichas inesfables  
 que nunca el tiempo aniquila;  
 una conciencia tranquila,  
 unas canas venerables.  
 Quien quiera en la senectud  
 con los recuerdos gozar,  
 que no se tenga que echar  
 en cara su juventud.  
 Bien, bien.

FER.

GAB.

Yo me satisfago  
 en este trance fatal  
 con pensar, que si es un mal,  
 es el primero que hago.  
 Mas tú...

- FER. Palabras acorta.  
Mi designio he dicho ya.
- GAB. Si le echas, adónde irá?
- FER. Y eso á mí... qué se me importa?
- GAB. Ah!... Pues que lo quiere Dios,  
y tu pecho no se humana,  
y eres tan... Nada... Mañana  
saldremos de aquí los dos.
- FER. Bien.
- GAB. Bien. Así como así...  
el mundo es ancho... aire y pan  
en él no nos faltarán;  
á mas... por no verte á tí...
- FER. Adios. *(Bruscamente.)*
- GAB. Adios. *(id.)*
- FER. Mira, yo... *(Volviendo.)*  
no he dicho... *(Dulcificando la voz.)*
- GAB. Déjame ya.
- FER. Estás triste!...
- GAB. Triste? Bah!...  
Estoy muy contento! Oh!  
*(Al ver desaparecer á D. Fernando, dice ¡Oh! entre-  
gándose á su dolor, apoyándose en un mueble.)*

## ESCENA XI.

D. GABRIEL, CAROLINA.

*(Sale por la puerta que da al jardín. Momentos antes  
la habrá entrecabierto, y al ver á D. Fernando la cierra  
rápidamente.)*

- CAR. Se fué ya?
- GAB. Estabas ahí?  
*(Que no conozca...)*
- CAR. Creía  
hallar á usted aquí, y venía  
á hablarle... Pero le ví,  
y como nos ha prohibido  
que entremos...
- GAB. Bien le conoces.
- CAR. Pero ustedes daban voces.  
Qué es lo que pasa? Han reñido?
- GAB. No.
- CAR. Yo tenía un temblor...
- GAB. Es natural.
- CAR. Ya lo creo.
- GAB. Sí, la emoción... el deseo

de verle...

CAR.

Ay! no señor.

Habiéndome usted prohibido...

GAB.

Por lo mismo. Es natural.

CAR.

No, no: yo...

GAB.

Finges muy mal.

CAR.

Pues si usted lo ha conocido,  
y sabe usted que le dí  
entero mi corazón,  
téngame usted compasión,  
no se burle usted de mí.  
¡Por Dios! Si usted no me diera  
el consuelo por que vengo,  
no sé qué haría.. No tengo  
en el mundo quien me quiera.

GAB.

¡Carolina! Hija!

CAR.

¡Por Dios!

GAB.

Dispon lo que mas te cuadre.  
No tienes padre ni madre;  
yo te querré por los dos.  
Vamos. ¿Qué hay?

CAR.

¡Qué ha de haber!

GAB.

Pero templa ese pesar.

¡Habla!

CAR.

Me quieren casar...

y eso... eso no puede ser.

GAB.

¡Bah! No te apures. Si yo...  
(¿Qué es lo que voy á decir?)

Yo lo lograré impedir.

CAR.

Ay! bien sabe usted que no.

GAB.

Pero... (Yo no sé qué hacer  
si decirle...) Vamos, vamos,  
verás cómo lo arreglamos.

CAR.

Usted espera obtener...

GAB.

Cuando te digo...

CAR.

¡Qué escucho!

Todo en sus manos lo dejo.

Es usted...

GAB.

Un pobre viejo;  
pero que te quiere mucho.

## ESCENA XII.

D. GABRIEL, CAROLINA, ROSARIO.

ROS.

Señorita, ya ha salido  
el señor. Va como malo.

(Sale por el foro.)

GAB. Mira. Vé y llama á Gonzalo. (A Rosario.)  
(El secreto consabido  
puedes ya contar.

ROS. Sí? bien!)  
(Voy en menos de un segundo  
á decirlo á todo el mundo.  
¡Ay! si ya no tengo á quién!)  
(Váse por la primera puerta de la izquierda.)

### ESCENA XIII.

D. GABRIEL, CAROLINA.

GAB. Ea! cálmate un instante.  
Él, que tanto lo desea,  
es preciso que te vea  
alegre, risueña, amante.

CAR. Sí: lo estaré.

GAB. El pobre anda  
tan triste... tan circunspecto...  
Vamos! que vea en tí afecto.

CAR. Bueno, si usted me lo manda...  
(Con gazmoñería.

GAB. Qué obediente!

### ESCENA XIV.

D. GABRIEL, CAROLINA, GONZALO.

GON. Carolina!

CAR. Gonzalo!

GON. Estaba usted ahí?

GAB. Me iba ya.

CAR. Tan pronto!...

GAB. Sí.

CAR. Si usted tal vez imagina...  
que su presencia...

GAB. Qué! no.

Ah!... Qué memoria tan pobre!  
Esta carta, con el sobre  
á mí, te han traído. Yo  
no he hecho nada mas que abrir...  
Quiere usted callar...

GON. Adios...

GAB. Vuelvo en seguida. (Gran Dios,  
cómo les voy á decir...)

(Oye. Con él un momento (A Carolina.)



tengo que hablar... mas no hay prisa;  
estás? al salir, avisa.

CAR.

GAB.

Bien...)

(Me mata el sentimiento!)

(Váse por la segunda puerta de la izquierda.)

## ESCENA XV.

CAROLINA, GONZALO.

CAR.

Qué tienes?

GON.

Nada, te via  
y dudaba de que fuera  
tanta dicha verdadera.

CAR.

Siempre esa melancolía!

GON.

No es estraña á la verdad,  
ni debe darte sorpresa...  
Ya sobre el alma me pesa  
esta horrible soledad.

CAR.

Oh!... si te entregas así  
á la desesperacion...  
Busca alguna distraccion.  
Mira, mira: desde aquí,  
como alivio á tus dolores,  
nuestro jardin se divisa.  
Todo en él respira risa!  
Cuántas y cuán bellas flores!

G N.

Espejo de mi fortuna,  
tambien desde aquí estoy viendo  
árboles que van perdiendo  
sus hojas una por una.  
Seco viento los asola  
en sus revueltas mudanzas...  
Así van mis esperanzas!...  
Ya no me queda una sola.

CAR.

Por qué dices eso?... Oh!...  
Otras veces te creías  
feliz cuando me veías...  
Ese tiempo... ya pasó.

GON.

No, no, Carolina.

CAR.

Sí.

Cuando se siente esta llama  
cerca de lo que se ama,  
no se está, Gonzalo, así.  
Pechos de amor puro llenos  
rechazan las penas fieras.  
Para quien quiere de veras,

todo lo demás es menos.  
 No tendré yo algún dolor  
 que me ocupe como á tí?  
 Pues qué es lo que ves en mí?  
 Amor y tan solo amor.

GON. Ah!... ¿si por eso no fuera,  
 si ese amor no me alentara,  
 contra mi estrella luchara  
 y en este mundo estuviera?

CAR. Pues bien. Si ese sentimiento,  
 como á mí te arrastra y lleva,  
 ya es fuerza ponerlo á prueba,  
 porque ha llegado el momento.

GON. ¿Qué quieres decir?

CAR. ¿Te acuerdas  
 de aquel día en que fuí á verte  
 tapada, sin conocerte?

GON. Que si me acuerdo?

CAR. ¿Y recuerdas  
 cuánto amor te he prodigado  
 desde entonces?

GON. Si lo vieran  
 los ángeles, me lo hubieran  
 desde su cielo envidiado.

CAR. Pues esa pobre mujer  
 cuyo afecto en tanto tienes,  
 que nunca soñó mas bienes  
 que hacerse de tí querer;  
 esa que supo encontrar  
 consuelo para tu llanto,  
 esa que te quiere tanto,  
 te la van á arrebatár.

GON. Lo sé, lo sé!

CAR. Y eso trunca  
 toda tu esperanza ya?

GON. Ninguna me queda.

CAR. Ah!  
 Tú no me has querido nunca!  
 Carolina!

GON. Si me amáras,  
 si como siento sintieras,  
 tu suerte á mi suerte unieras  
 y por ambos la arrostrarás.

GON. Si una corona de rey  
 sobre mi frente tuviera,  
 á tus plantas la rindiera.  
 Pobre y fuera de la ley,

no me uniré yo jamás  
 á tí, rica y envidiable,  
 con mi suerte miserable.  
 CAR. No mas, Gonzalo, no mas.  
 Te amé con el puro ardor  
 de un pecho que no ha querido...  
 Tú mi amor no has comprendido.  
 Ya es humo todo ese amor.  
 Para él, tan grande y profundo,  
 conveniencias de un instante...  
 ¿Qué importan á un pecho amante  
 esas miserias del mundo?  
 Nunca podreis comprender  
 los que os bajais á la tierra,  
 cuánto de sublime encierra  
 el amor de una mujer.  
 Nunca su célico encanto,  
 que acaso adorais de hinojos,  
 penetrarán vuestros ojos...  
 Sois muy poco para tanto!

GON.

Mas...

CAR.

Fuí de tu afecto en pos.

¡Qué presto cayó esa venda!

GON.

Nada he dicho que te ofenda.

CAR.

Nada existe entre los dos.

Adios. Ya no te veré;  
 ya no volverás á hablarme...Mi tutor quiere casarme,  
 y yo... yo no me opondré.

GON.

Oh!... Calla, calla por Dios!

CAR.

Sí, no esperes que lo sienta;  
 iré al altar muy contenta,  
 muy alegre... muy... Adios.*(Váse por la segunda puerta de la izquierda.)*

## ESCENA XVI.

GONZALO.

Carolina!... Pero no.  
 Es inútil; no me ama.  
 A este afan vida se llama?  
 Tras esto corremos?... Oh!  
 La última ilusion perdida,  
 el mal por do quier avanza.  
 Este adios á la esperanza  
 será un adios á la vida?

Puede ser. Si de ella salgo  
quizá acabe de sufrir...  
Sí... Tan joven y morir!...  
*Será lástima! Aquí hay algo.*

*(Llevándose la mano á la frente.)*

El mundo todo su encono  
ceba en mí con saña fiera,  
y hallo solo por do quiera  
llanto, tristeza, abandono.  
¿Qué me queda? El cielo! El cielo  
que de cuanto amé me aparta!...  
Ah!... lo olvidaba. Esta carta  
tal vez encierra un consuelo.

«Hijo: he sabido por tu tío Fernando la vida desordenada que llevas: también me han hablado de ese libro que has escrito y que te han prohibido, porque en él atacas cuanto hay de santo sobre la tierra. ¿Te has propuesto matar á tu pobre madre, ó crees tal vez que son pocas las lágrimas que ha derramado en este mundo?»

Ay...! Todo estaba muy bien;  
yo lo hubiera soportado...  
Pero esto es ya demasiado!...  
Madre! madre! Tú también!  
Esa idea que cruzar

*(Sacando del pupitre una caja.)*

siento agradable y riante  
por mi dolorida mente,  
pronto se va á realizar. *(Abriéndola.)*  
Reposo y horas serenas...  
Sí, sí... Silencio profundo.

*(Acariciando una pistola.)*

Ven, ven con tus penas, mundo.  
Yo me río de tus penas.  
Sí, sí, no vacilo ya...  
de un lado este horrible infierno,  
del otro... reposo eterno...  
Yo quiero el reposo!

GAB.

Ah!

## ESCENA XVII.

D. GABRIEL, GONZALO.

*(D. Gabriel se presenta en la segunda puerta de la izquierda, en el momento en que Gonzalo amartilla la pistola, y se lanza á él; pero de pronto se detiene y avanza lentamente afectando tranquilidad.)*

GON. (Dios mío!)

GAB.

¿Qué haces ahí *(Con voz apagada.)*

- tan triste y meditabundo ?
- GON. Lloro el estar en un mundo  
que no es, señor, para mí.
- GAB. Que no es para tí ? Y por qué ?  
Sabes lo que en él te espera ?
- GON. Ojalá no lo supiera !
- GAB. Ah !... tú lo sabes ?
- GON. Lo sé.
- GAB. Arranca del corazon  
ese escepticismo amargo,  
y no hagas al mundo un cargo  
de tu desesperacion.  
Tal vez de hacerla cesar  
medios no habrás arbitrado ;  
tal vez aun no has trabajado  
lo que debes trabajar.  
Es muy cierto que acá abajo  
la injusticia es cosa vieja ;  
mas raras veces se deja  
sin recompensa el trabajo.  
Cuando hasta los cielos sube  
opaca niebla que hiela,  
y del sol los rayos vela  
una nube y otra nube,  
lucha su vivo arrebol  
con las nieblas apiñadas,  
y al fin, las nubes rasgadas,  
brilla en el oriente el sol.
- GON. Y bien ?
- GAB. Si brillar mereces,  
y sabes rasgar las nubes,  
verás como al cielo subes.
- GON. Lo he intentado muchas veces.
- GAB. Has atravesado el mar  
á remo con tu barquilla,  
tocas la anhelada orilla,  
¡ y te cansas de remar !  
Marinero que al acierto  
la fé y constancia no aduna,  
ni en el mar tendrá fortuna  
ni anclará nunca en el puerto.
- GON. Fuerzas sobraronme y brios  
ayer : valiente he luchado :  
hoy, mi barca se ha estrellado  
del mar contra los bagíos.  
Ya no espero : ¡ necio fuí !  
En mi existencia ignorada



GAB. ¿qué debo yo al mundo? Nada.  
Y qué te debe él á tí?  
Pretendes que te admirara,  
con afán loco é intenso,  
y que te rindiera incieso  
solo por tu buena cara?  
Bravo! Me cansa en verdad  
escuchar de varios modos  
siempre en la boca de todos:  
«¡ El mundo!» «¡ La sociedad!»  
«¡ Si los hombres fueran otros!»  
Y en cualquier pesar profundo  
echamos la culpa al mundo...  
¡ y la tenemos nosotros!

GON. Si es mia, mis ojos ven  
males que no se corrigen.  
Cortando el mal en su origen  
no padeceré.

GAB. Bien!... bien!  
Tambien tu mente atrevida  
voló á remotas esferas,  
y te hizo creer que eras  
dueño de tu pobre vida?  
Creiste bien! Te concedes  
un derecho muy fundado.  
Es tuya... tú te la has dado...  
y tú quitártela puedes...  
Muy bien hecho me parece...  
¿quién te lo puede evitar?  
Qué cuenta tienes que dar  
de lo que te pertenece?  
Es larga... la quieres corta...  
Haz lo que mejor te cuadre.  
El cielo... el mundo... tu madre...  
yo... bah! bah! y eso ¿qué importa?  
Insensata algarabía,  
que sin cuidado te deja.  
Tu madre!... la pobre vieja!...  
pse!... que lllore!

GON. Madre mia!  
(*Dejando caer la pistola.*)

GAB. Pensar en eso no es justo  
si te produce algun mal...  
Claro está... lo principal  
es salirte con tu gusto!  
No has pensado así? No es cierto  
que comienzo á adivinarte?

Pero al pensar en matarte,  
dime... ¿cómo no te has muerto?  
¿Cómo has pensado con calma  
en lo horrible de ese hecho?  
Tan duro tienes el pecho?  
Tan seca tienes el alma?

GON. Mi vida, de desengaños  
es una eterna agonía.  
Que lloren un solo día...  
yo he llorado muchos años.

GAB. Oh!... no te detengo ya.  
Concluye tu infame obra.  
Sí, si, la razón te sobra,  
nadie te lo impedirá.  
Mátate! Ya á conocerte  
llegué... ya te he conocido.  
Ya cual tú, estoy convencido  
de que mereces la muerte.  
El que necio se cansó  
con la suerte de luchar  
y sobre otros quiere echar  
las penas que Dios le dió...  
aquel que porque así cuadre  
á su egoísmo absoluto,  
no teme llenar de luto  
á su vieja y pobre madre...  
el egoísta profundo  
que tan á sabiendas yerra,  
está demás en la tierra!  
debe echársele del mundo!

GON. ¡Gran Dios!

GAB. No eleves tus preces  
al Dios que airado te mira.  
Toma la pistola y tira.  
¡Mátate! Bien lo mereces.

GON. ¡Oh!

GAB. No hay tribunal humano  
que castigue tu malicia,  
y el crimen pide justicia...  
Hazla por tu propia mano.  
¡Tiembles! El dolor embarga  
ese corazón de roca  
al escuchar de mi boca  
la verdad seca y amarga...  
Con razón muy suficiente  
pasa por cosa sabida  
que es un cobarde el suicida.

GON. El suicida... ¡es un valiente!  
 GAB. Ni aun el que mas le denigre

dudar tal cosa debió,  
 porque... ¿A quién se le ocurrió  
 tachar de cobarde al tigre?  
 ¡Tigre, sí! Solo este nombre  
 horrible le puedo dar.

Quién goza en hacer llorar,  
 no tiene entrañas de hombre!  
 Quién?... Quién en tanta querella  
 decir puede sin error:

«Yo muero como una flor...  
 mi vida no deja huella?»

Quién clamará sin mentir  
 en ese instante postrero:

«Solo viví... solo muero...  
 ¿a nadie doy que sentir?»

Quién, cuando infame sucumba  
 á esa tentacion, dirá:

«Nadie á derramar vendrá  
 una lágrima en mi tumba?»

Ninguno! Mentira! En tanto  
 que así el hombre juzga y yerra,  
 no hay un sepulcro en la tierra  
 que no se riegue con llanto.

Oh!... Solo en esto al pensar  
 ya de mis ojos se exhala...

La humanidad no es tan mala  
 como la quieren pintar!

Perdon!

GON.

GAB.

A mis brazos ven!

GON.

Ay!

GAB.

Tu espíritu serena.

GON.

Yo sucumbiré de pena...

pero... ¡luchando! (*Sumamente conmovido.*)

GAB.

Hijo, bien!

GON.

Sí, quiero antes de exhalar  
 alegre el postrer aliento,  
 tener siquiera un momento  
 en que pueda respirar.

Quiero para mi consuelo,  
 si es que lo hay ya para mí,  
 ver la casa en que nací,  
 tender la vista á aquel cielo,  
 y lanzar mi último adiós  
 á la tumba de mi padre...  
 y dar un beso... ¡á mi madre!...

y morir... ¡creyendo en Dios!  
 GAB. Bien! Así te quiero, así.  
 Animoso y denodado.  
 Há poco te han condenado;  
 hoy nos arrojan de aquí..  
 Qué importa!.. Pena ninguna  
 rinde mi valor fecundo.  
 Vámonos por ese mundo.

GON. Sí.

GAB. Dios nos dará fortuna.  
 Ningun pesar aniquila  
 al que lo arrostra de lleno  
 con el corazon sereno,  
 con la conciencia tranquila.  
 Invoca ese santo nombre  
 como humillado le invoco.  
 Quien á Dios no ve, es un loco;  
 quien no tiene fé, no es hombre.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

Decoracion del acto segundo.

### ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, ROSARIO.

*(Rosario aparece en escena: Carolina, entreabriendo la puerta del foro, registra la habitacion con una mirada, y baja de puntillas hasta donde está Rosario)*

CAR.      Cómo está?

ROS.                      Mejor.

CAR.                      Ay! gracias

á Dios! Apenas lo creo.

ROS.      Ya se ha levantado.

CAR.                      Sí?

ROS.      Dentro de poco, tan bueno.

CAR.      De veras? Estoy tan... Vamos.

Esto me parece un sueño...

un... Como he sufrido tanto!

Mira: si él hubiese muerto...

yo no sé... me vuelvo loca,

ó de la pena me muero.

ROS.      Y con razon! Mire usted,

ir á matarse de intento

por su amor de usted!

CAR.                      Dios mio!

Tan jóven! Con tanto ingenio!

ROS.      Y tan guapo. ¡Ay! Quién tuviera

uno así!

CAR.                      Qué amor tan ciego!

ROS.      Pues sana por un milagro.

CAR.      Ya sé que al pronto creyeron

que tras de aquella emocion

era imposible el remedio.



- Yo tuve la culpa!
- ROS. Bah!
- No se apure usted por eso.  
Ya está fuera de peligro...  
Lo malo, segun el médico,  
es que no pueda marcharse  
á su país al momento.  
Como que tiene que estar  
escondido y como preso!
- CAR. Oh!... no, yo sabré impedirlo.
- ROS. Usted!
- CAR. Yo.
- ROS. Cómo?
- CAR. Muy presto  
lo verás. Sí... Estoy resuelta.  
Vamos á salir. *(Con resolucion.)*
- ROS. Bien; pero...
- CAR. Sin que lo sepan.
- ROS. Jesús!
- Aventurita tenemos?  
Recuerde usted cuántos sustos  
nos costó la otra. Aun tiemblo!...
- CAR. Nada me disuade.
- ROS. Mas...
- Si se enteran...
- CAR. Nada temo.  
Sé que puedo serle útil...  
Poco me importa á qué precio.  
Hace usted bien.
- ROS. Le amo tanto!
- CAR. Desde que ha caido enfermo  
está tan interesante,  
tan pálido, tan... Y eso  
le da un tinte melancólico,  
un no sé qué de poético...  
Mira de un modo tan triste,  
habla con un desaliento,  
que... yo no sé cómo ha sido,  
pero mas que á mí le quiero.

## ESCENA II.

CAROLINA, ROSARIO, VICTOR.

- ROS. Chist!
- VIC. *(Viendo entrar á Victor.)*
- CAR. *(Ella!)*
- VIC. Adios.
- Señorita...

ROS. (Vámonos?  
 CAR. Sí, sí: al momento.)  
 VIC. Usted tan buena?  
 CAR. Sí. Gracias.  
 VIC. Y nuestro querido enfermo?  
 ROS. Tan famoso.  
 CAR. Ahora saldrá.  
 VIC. Doy á usted mi...  
 CAR. Lo agradezco.  
 VIC. Pero... está usted triste.  
 VIC. Yo!...

### ESCENA III.

CAROLINA, ROSARIO, VICTOR, GONZALO.

CAR. Gonzalo!

VIC. Cuánto celebro...

*(Gonzalo da algunos pasos hácia Carolina; pero de pronto se detiene, le dirige una mirada severa, y se dirige á Víctor: despues saluda á Carolina con mucha frialdad, y estrecha la mano á Víctor con efusion.)*

GON. Víctor! Víctor! Señorita...

CAR. (Señorita!)

VIC. Conque... bueno?

GON. Sí.

VIC. Bien.

GON. No pensando en nada,  
 dejando á un lado esos sueños  
 que hacen sucumbir al hombre  
 que farsa solo ve en ellos,  
 se goza, y se vive, y se...

CAR. (Bien merecido lo tengo!)

GON. (Lo siente!) Amor, porvenir,  
 gloria! Bah, bah! Sueño, sueño!

VIC. (Gonzalo! *(Por lo bajo.)*

GON. Calla.) He soñado...  
 ahora á la vida despierto.  
 No mas amores que matan,  
 no mas llanto... he sido un necio.  
 Vida nueva.

ROS. (Señorita! *(Llorosa.)*

CAR. Calla!)

VIC. (Gonzalo!

GON. Silencio!)

Alegría, y risa, y... nada:  
 me he visto ya casi muerto;  
 y pues Dios quiere que viva,

gozar de la vida quiero!  
No digo bien?

CAR. Yo... (Dios mio!)

GON. (Que no mire mis tormentos!)  
La vida es hermosa, cuando  
no la agitan mas deseos  
que los placeres. Oh! sí...  
El mundo es bello, muy bello!  
Piensa usted lo mismo?

CAR. Yo...  
(Oh!...) Serénate... Ese acceso  
te puede hacer mal.

GON. Mal? Bah!

Lo que aquí hace mal es... esto.  
(*Llevándose la mano al corazon con dolor. De pronto  
cambia de tono, y dice con ligereza.*)

No... no... eso no va conmigo,  
porque yo aquí... nada tengo.

ROS. Vamos. (*Ahogada por el llanto.*)

CAR. Sí. (Aunque no me quiera,  
que sepa cuánto le quiero.)  
Adios.

GON. Se va usted... Tan pronto?...

CAR. Sí...

GON. Pues... adios. (*Con mucha indiferencia.*)  
(Lo merezco.)

Oh!... logre yo libertarle  
y... aunque me aborrezca luego.)  
Adios.

ROS. (Señorita!

CAR. Calla!

ROS. Pero... (*Rompiendo á llorar. Vanse.*)

VIC. (Gonzale!

GON. Silencio!

VIC. No estás viendo lo que sufre?

GON. No ves... que me estoy muriendo?)

#### ESCENA IV.

GONZALO, VICTOR.

VIC. Esplicate.

GON. No comprendes?

VIC. Francamente te confieso...

GON. La quiero... mas que á mi vida.

VIC. Y la tratas con despego?

GON. Es necesario que oculte

los terribles sufrimientos  
que estoy pasando con este  
mal correspondido afecto.  
No quiero, no, que se goce,  
cual se gozó en mi tormento:  
no quiero que...

VIC. ¡Pobre niña!  
¡Calla! ¿No has estado viendo  
cómo asomaban las lágrimas  
á sus ojos hechiceros?  
Si cual yo la hubieses visto  
cuando te hallabas enfermo,  
con el tierno amor de un ángel  
velar tu agitado sueño  
y comprender tus miradas  
y adivinar tus deseos...

GON. Oh!... no mereces, Gonzalo,  
amor tan grande y sincero.  
Háblame así... ¡que lo crea!...  
Amar, Victor, es el cielo;  
no haber amado, es el limbo;  
dejar de amar, el infierno.

VIC. Dios mio!

GON. Sí, háblame de ella.

VIC. ¿Quién no daría contento  
cien vidas por ese amor  
que tú miras con desprecio?  
Victor!

GON. (Oh!...) Ves? Hasta yo  
me exalto y... ¡já! ¡já! Parezco  
mas que tú el enamorado...

VIC. ¡já! ¡já!... Hablaba con un fuego...

CRIST. Caballeros! *(Presentándose en el foro.)*

VIC. Don Cristóbal!  
(Un punto mas... y me vendo.)

## ESCENA V.

*Dichos.—D. CRISTÓBAL.*

CRIST. Si interrumpo...

VIC. Interrumpir!

CRIST. Nunca quise causar pena.  
Su salud de usted...?

GON. Tan buena.

CRIST. Quién tal pudiera decir!

GON. Cómo!

VIC. Sea todo por Dios!

- CRIST. Sea.
- VIC. Su cara no augura...
- CRIST. Me lleva á la sepultura  
esta maldecida tos.
- VIC. Sí!...
- CRIST. Don Fernando, está en casa?
- GON. No.
- CRIST. Nada sale á derechas.
- GON. ¿Por qué?
- CRIST. Tal vez á estas fechas  
ignorará lo que pasa.
- VIC. ¿Qué pasa?
- CRIST. ¡Dios de Israel!  
No hay para contarle espacio.  
La crisis ruge en Palacio.  
Y eso qué le importa á él?
- GON. Puede ser su perdicion.
- CRIST. Sí?
- VIC. Pero de qué manera!
- CRIST. Si el ministerio cayera...
- GON. Pues no es de la oposicion?
- CRIST. En eso estriba el misterio.  
De entre las oposiciones  
surgen dos combinaciones  
para un nuevo ministerio.  
En la una estan sus amigos,  
los que á su lado batallan:  
en la otra solo se hallan  
sus mas fieros enemigos.  
Tal vez el poder se hunda  
y venza nuestro partido...  
Pero todo se ha perdido  
si el triunfo es de la segunda.
- GON. Conque...?
- CRIST. Fuera de perder  
sus empleos, sus honores,  
juega intereses mayores.  
Tiene contratas...
- GON. Oh!...
- VIC. A ver!
- CRIST. Mas por qué tantas querellas  
si usted nada va perdiendo?
- VIC. Pues no está usted conociendo  
que yo tengo parte en ellas?
- GON. Ya!
- CRIST. Conque usted...
- VIC. Ejem! ejem!



Quiero decir, me intereso...  
jem! (Soy un topo.)

Pues eso...

VIC.

CRIST. Jem! jem!

GON. Conque usted tambien...

CRIST. Hembre, no. Era una figura...

Jem! jem! jem! Válgame Dios!

¡Cuando digo que esta tos

me lleva á la sepultura!

### ESCENA VI.

GONZALO, VICTOR, D. CRISTÓBAL, D. GABRIEL.

GAB. ¡Hola!

CRIST. Adios...

GAB. Celebro hallarle.

Tengo que hablar con usted.

CRIST. ¿Sí? Cuánto me alegraré

si en algo puedo agradarle!

Mis deseos...

GAB. Escelescentes.

Lo sé ya... Por experiencia.

VIC. Tal vez esa conferencia  
no deba tener oyentes.

GAB. Spche!

GON. Vámonos.

VIC. Sí.

GAB. Les ruego

que se queden si no hay prisa.

VIC. Tambien hablar nos precisa.

GAB. Entonces... callo.

GON. Hasta luego.

GAB. Oye...

*(D. Gabriel y Gonzalo hablan aparte. D. Cristóbal algo apartado, da muestras de impaciencia. Victor espera en la puerta del foro.)*

*(Ya tan bueno estás.*

*De aquí nos han arrojado;*

*supuesto que has mejorado*

*aquí no estaremos mas.*

GON. ¡Ay!

GAB. Sientes partir?

GON. No, no.

GAB. El amor aquí te llama.

GON. Carolina nó me ama.

GAB. Bien.) *(Le indica que puede marcharse.)*

*(Para algo vivo yo.*

Este... ya está. Carolina...  
 Hoy nos echan á la calle.  
 Hoy es fuerza que esto estalle.  
 Pongamós fuego á la mina.)

### ESCENA VII.

D. GABRIEL, D. CRISTÓBAL.

CRIST. Podemos empezar?... *(Impaciente.)*  
 GAB. Sí.  
 Mas... no vaya usted á pensar,  
 que vamos á ventilar  
 nada de importancia aquí.  
 CRIST. Por mi parte... *(Esto vá malo.)*  
 GAB. Me han dado la nueva ingrata,  
 de que hay alguno que trata  
 de denunciar á Gonzalo.  
 CRIST. Cómo?  
 GAB. Sí señor. Parece  
 que gana con verlo preso.  
 CRIST. Mas, cómo puede ser eso?  
*(Su mirada me estremece.)*  
 GAB. Este es el motivo que  
 me obliga á dar este paso.  
 CRIST. Sospechará usted acaso?  
*(Esto va peor.)*  
 GAB. De usted?  
 Qué disparate!  
 CRIST. *(Bien vá.)*  
 Es que si acaso, me obligo...  
 GAB. De usted, que es tan nuestro amigo.  
 que nos quiere... tanto! Bah!  
 No señor. Se lo decia  
 porque juntos trabajemos,  
 y quien es averigüemos.  
 CRIST. Eso sí.  
 GAB. Ya lo sabia.  
 Yo nunca he formado quejas  
 de su amistad intachable.  
 Mas volviendo al miserable...  
 Tengo unas pistolas viejas  
 que aun se conservan muy bien.  
 Yo jamás he errado tiro,  
 y si á mi lado le miro...  
 CRIST. Qué?  
 GAB. Nada: le mato. *(Con mucha frialdad.)*  
 CRIST. Ején!

GAB. (Yo haré que tu curso pares.)  
Usted, en mi lugar puesto  
lo haria.

CRIST. Yo!... por supuesto.  
(Adios diez mil ejemplares!)  
Don Fernando espera, y yo,  
como aguardándome está,  
voy... (Ay señor, qué será...  
Qué será lo que me dió?)

GAB. Bien. Y la edicion, qué tal?  
se vá al cabo despachando?

CRIST. Van picando... van picando.  
No, no se presenta mal.

GAB. Conque gusta? Ya se vé!  
Si usted las obras pagara,  
con todas eso lograra.

CRIST. Sobre eso, le diré á usted.  
Ese literario enjambre  
en que fundo mi esperanza,  
tiene una musa, la holganza,  
y una inspiracion, el hambre.  
Yo, que les tengo aficion,  
por mucho que ellos me tiren,  
para que mejor se inspiren  
los pongo á media racion.  
Ya ve usted que yerra en parte,  
si es que yo no me equivoco.  
Verdad que pago muy poco...  
pero es por amor al arte.

(Con refinada hipocresia.  
Indignado.)

GAB. Calle usted.

CRIST. Así mantengo  
á mas de algun pobre chico...

GAB. Sí, sí; que le hace á usted rico.  
(No sé cómo me contengo!)

CRIST. Si á todo halla solucion!...

GAB. Hipócritas inhumanos!

La juventud en sus manos  
es un fragante limon.  
De proteccion con la máscara,  
sobre ella echais vuestro yugo.  
Cuando exprimís bien el jugo,  
arrojais lejos la cáscara.

CRIST. Mas...

GAB. A romper sus historias  
llevásteis los pueblos ciegos,  
é hicisteis despues talegos

con trozos de ejecutorias.  
De dinero bien henchidos,  
teneis, como hombres de ingenio,  
á la juventud y al genio  
con su peso comprimidos.  
Y en ellos, sin remision,  
su sangre cae esprimida,  
cada gota convertida  
en un *hermoso* doblon!!

CRIST. Nada: usted firme en su tema.

GAB. Y eso á usted le maravilla?

CRIST. (Este hombre es mi pesadilla.)

GAB. (Volvamos á mi sistema.)

Lo que en usted me ha estrañado,  
(*Despues de una pausa.*)

visto su *mucho* talento,  
es, que viéndose opulento  
no piense en tomar estado.

CRIST. Yo! *Vade retro!*

GAB. Bah! bah!

El hombre, por mas que quiera,  
ansía una compañera;  
porque el matrimonio da  
el placer de los placeres;  
el que huye menos veloz.

CRIST. ¡Calle usted! Esa es una voz  
que hacen correr las mujeres.

GAB. ¡Bah! Nada se sacrifica

á esa dicha verdadera,  
si al elegir compañera  
se halla jóven, bella y rica.

CRIST. ¿Rica? (¿En que vendrá á parar?)

GAB. Yo lo consideraría

como un negocio... y lo haría.

CRIST. Sí, sí; vaya usted á buscar....

(¿Qué es esto?)

GAB. (¡Al fin se clavó!)

CRIST. Conque dice usted que...

GAB. Sí.

CRIST. Rica, y que me quiera á mí?

GAB. Yo no veo por qué no...

su riqueza es bien notoria,  
su honradez es proverbial...  
no se conserva usted mal...

CRIST. (Esto ya pica en historia.)

GAB. Pero así le hago perder  
su tiempo y...

- CRIST. No haya cuidado...  
 ¡Perderlo estando á su lado!...
- GAB. Mas...  
 CRIST. Nada tengo que hacer.  
 GAB. ¡Bien!
- CRIST. Decia usted... *(Con mucho interés.)*  
 GAB. En verdad  
 no recuerdo..
- CRIST. Usted me hablaba  
 del matrimonio, y pensaba...
- GAB. Sí, que está usted en edad...
- CRIST. No, no. Que no faltaria  
 una jóven rica que...
- GAB. ¡Ya! Que le quisiera á usted.  
 Es verdad. Eso decia.
- CRIST. Y usted cree?...  
 GAB. Claro está...
- ¿Qué padres ó qué... tutor  
 no tendrán á mucho honor...  
 el darle...
- CRIST. Tutor!
- GAB. Pues ya!  
 Mas... le estoy cansando.
- CRIST. Qué!
- GAB. Su tiempo...
- CRIST. Qué disparate!
- GAB. Por si acaso, no dilate  
 el pedirla. Yo que usted,  
 me armaba de estoicismo,  
 y sin necia cobardía,  
 al tutor se la pedia  
 mañana, ó... tal vez hoy mismo.
- CRIST. Pues qué?
- GAB. ¿Qué jóven no tiene  
 inocentes amorcillos...  
 Nada, cosas de chiquillos.  
 Pero si usted se detiene...
- CRIST. Debo estar sobre la huella  
 del rival. Eh?
- GAB. Por supuesto.
- CRIST. Señor, pero á todo esto  
 quién es ella? quién es ella?
- GAB. Ella!
- CRIST. Calla usted? Creia  
 que algo iba ya comprendiendo...
- GAB. Lo que yo estaba diciendo  
 era pura teoría.
- (Pausa.)*



Pero siguiendo esta táctica,  
usted, hombre tan profundo,  
es lo mas fácil del mundo  
verla reducida á práctica.  
Una jóven siempre da  
que hacer... Miré usted á Fernando  
lo que está el pobre pasando...  
Y eso que es pupila!

CRIST.

Ah!!

(Dándose una palmada en la frente como comprendiendo de un golpe.)

GAB.

(Bien, se alegra.)

CRIST.

(He aquí mi polo.

Las contratas... mal!... muy mal!

En esto gano un caudal.

Pensemos en esto solo.)

### ESCENA VIII.

D. GABRIEL, D. CRISTÓBAL, D. FERNANDO.

(D. Cristóbal se queda pensativo, pero dando á entender el gozo que le produce el pensamiento de D. Gabriel. Este se pasea frotándose las manos y mirando de vez en cuando á D. Cristóbal con lástima y sonriéndose. D. Fernando aparece poco despues en el foro, y se lanza á D. Cristóbal lleno de inquietud.)

FER. Don Cristóbal!

CRIST.

Eh?

FER.

Así

(Colérico.)

se puede usted estar...

CRIST.

Es que...

FER.

Sí.

CRIST.

Con su hermano de usted  
trataba un negocio, y...

FER.

Y yo entre tanto!...

GAB.

Te pones  
de un modo. Si así te vieran...  
Vamos!

FER.

Si todos tuvieran  
aquí tus obligaciones!  
Tus cuidados!... Oh! Es cruel.  
Hé ahí por qué soy dichoso,  
porque vivo en el reposo;  
en tanto que tú...

FER.

Gabriel!

Pero... Don Cristóbal! Vamos!  
Qué pasa?... Yo muero hoy.

- CRIST. Ah! Ya! me hablaba usted... Voy, voy.
- FER. Medrados estamos!  
Es usted insufrible!
- CRIST. Estaba...
- FER. Mas, qué pasa? El ministerio...
- CRIST. En peligro. El caso es serio.  
Pero lo que yo pensaba...
- FER. Bien, bien. Hable usted volando.  
Que salga de este temor.
- GAB. (Ya escampa!)
- CRIST. Sí, sí señor.  
Lo que yo estaba pensando...
- FER. Oh!...
- CRIST. Con tal que á usted le cuadre,  
nuestra amistad se afianza  
por medio de una alianza.  
Usted es casi su padre.
- FER. Pero si eso está arreglado!  
si ya le he dicho que sí!  
si se la dí á usted...
- CRIST. A mí?
- FER. Pero por Dios, qué ha pasado?
- GAB. (De nuevo truena la nube.)
- CRIST. Usted á mí? Pero cuándo...?
- FER. Hombre, por favor!
- GAB. Fernando!
- FER. Pero quién sube? quién sube?
- CRIST. Mas cuando...
- FER. Mis enemigos?
- CRIST. Lo temo.
- FER. Todo lo pierdo!
- CRIST. El caso es que no recuerdo ..
- FER. No mas! (En el colmo de la desesperacion.)
- GAB. Vamos, entre amigos...
- FER. Perdido!
- GAB. No te acalores.
- FER. Si han triunfado!...
- GAB. Qué bobada!  
Al cabo todo ello es nada.  
Qué te importan los honores?
- FER. Honores!
- CRIST. (Yo no comprendo...  
Mas con tal que él lo comprenda!)
- FER. Los honores! y mi hacienda?
- GAB. Cómo?
- FER. Vaya y ed corriendo

y averigüe... y...

CRIST.

Sí; pero...

FER.

Corra usted, ó tarde será.

*(Quiere detenerse; pero D. Fernando lo lleva hasta el foro, y allí, despues de un momento de pausa en el que D. Fernando se impacienta, dice aparte.)*

CRIST.

Voy, voy. Mas antes .. (Ah! ya!!

Pues eso es lo que me dió!)

### ESCENA IX.

D. GABRIEL, D. FERNANDO.

FER.

Oh!... Ya han triunfado quizá!

Tal vez todo lo perdí.

*(Dejándose caer en una butaca.)*

GAB.

Mira cómo me va á mí;

mira á tí... cómo te va.

FER.

Gabriel! Tú...

GAB.

Nadie desoye

á la verdad y á la fé!

*(Apoyándose en el respaldo de la butaca.)*

Dios desde el cielo nos ve,

Dios desde el cielo nos oye.

No tu desventura insulto

cuando á la verdad inmolo

mi amor hácia tí; es tan solo

que á la verdad rindo culto.

Mira... No te dice nada,

no me envidias en tu pena

esta sonrisa serena,

esta tranquila mirada?

Calla... ya decirte escucho:

«No te hirió el dolor á tí.»

Te engañas, Fernando, sí...

he sufrido y sufro mucho.

Mas no por seguir humanas

criminales ambiciones,

ni esas bastardas pasiones

que hacen indignas las canas.

Nunca su tirano empeño

me hizo verter triste lloro;

jamás el afán del oro

quitó á mis ojos el sueño.

Lejos del fiero egoismo

que tu alma tierna ha secado,

siempre en todos he pensado,

nunca he pensado en mí mismo.

El bien... me mostró este afán  
que no es de los que se encumbran;  
bien que tus ojos columbran,  
pero que nunca verán.

Bien, del que la humana ciencia  
no puede marchar en pos;  
bien, que es uno como Dios:  
¡La calma de la conciencia!

FER. Gabriel! .. *(En tono de súplica.)*

GAB. Tu fortuna acaba.  
Vuelve en tí, vuelve: un abismo  
abres á tus piés tú mismo.

FER. Esto solo me faltaba!

GAB. Oye: todo se concilia.

Aun puedes hallar reposo;  
aun puedes ser muy dichoso.

Piensa solo en tu familia;  
retírate de ese mundo  
y sus cuidados prolijos.

Oh! sí, sí. No tienes hijos;  
mas Dios, pródigo y fecundo,  
te los da: con tierno afán

Gonzalo ama á Carolina:  
cúmpla su pasión divina.

Ellos tus hijos serán;  
y debiéndote su suerte,  
si así por su bien te afanas,  
ellos honrarán tus canas,  
ellos llorarán tu muerte.

FER. Que se aman! Lo presumía.

Y tú nada me has contado!...

Tú de evitar no has tratado!...

GAB. No, no. Yo los protegía.

Yo le traje aquí...

FER. Qué dices?

GAB. Esto hará mi vida corta,  
me matará... Mas qué importa?  
Sé que van á ser felices.

FER. Oh! no, tú no eres mi hermano!

Y mis continuos afanes?

y mi palabra! y mis planes!

GAB. Polvo, ceniza, humo vano.

FER. Esa unión que era tu anhelo,  
no se hará, aunque en ello estribe...

Lo prohibo! *(Con energía.)*

GAB. *(Ah... Lo prohíbe!*

*(Respirando con fuerza y radiante de gozo.)*

¡Cuánto lo rogaba al cielo!)  
Se casarán!

(*En el mismo tono que dijo don Fernando «Lo prohibo.»*)

FER.

Nunca!

GAB.

Sí.

FER.

Su fortuna no se aviene.

Él, qué tiene?

GAB.

¿Que qué tiene?

Cierto: nada para tí.

Él no posee riquezas,  
ni honores... ni sueldos cobra...

le falta... lo que le sobra  
á tantos *hombres-cabezas*  
de nuestra generacion.

En cambio rebosa aliento,  
juventud, vida, talento,  
grandeza de corazon.

Lo que tú nunca tendrás  
ni los tuyos... Sois muy chicos  
á su lado... Sereis ricos...

Pero ricos nada mas!

FER.

Sí...

GAB.

Siempre del oro en pos  
el alma matado habeis...

Ante Dios respondereis  
de haber hecho al oro dios.

Del mundo para desdoro,  
todo respeto olvidado,  
altares habeis alzado  
al nuevo becerro de oro.

Nuevos hombres brotarán  
del mundo entero á los gritos,  
que esos altares malditos  
por tierra derribarán.

FER.

Gabriel!

GAB.

Entre vuestras manos  
la sociedad se estremece;  
su fin sublime perece...

Los hombres no son hermanos.  
De ese fin, del mútuo amor,  
no va quedando ni huella.

¿Qué cuenta vais á dar de ella  
ante el trono del Señor?

FER.

Pues esa generacion

es la tuya, si es la mia.

GAB.

No, no, no! Yo todavía  
soy jóven de corazon.



Jóven, sí, siempre lo fuí:  
la edad contar no debemos  
por el día en que nacemos;  
la edad, Fernando, está aquí.

*(Señalando al corazón.)*

FER. Bien, bien. Vivamos los dos.  
Gózate tu en tus desvaríos...  
y déjame con los míos.  
Adios.

GAB. Que te ayude Dios.

## ESCENA X.

D. GABRIEL.

Casi en todos esa edad  
la misma doctrina esconde...  
¿Adónde, Dios mío, adónde  
camina la humanidad?

.....  
Ya cerca del atahud,  
viendo la muerte que avanza,  
solo queda una esperanza,  
solo una, la juventud!  
Esa juventud que á erguir  
comienza la altiva frente:  
esa juventud ardiente  
de quien es lo porvenir.  
Esa tiene mas virtud!  
mas vida en el corazón...  
Gastada generacion,  
haz plaza á la juventud!  
Llena de noble ansiedad  
te empuja, y atrás te deja...  
Plaza, sí, sociedad vieja,  
á la nueva sociedad!  
Ya tu sangriento sarcasmo  
de la boca no se escapa,  
y es que esa boca te tapa  
la fé nueva, el entusiasmo.  
Ese te va á destronar,  
y tal vez en el instante,  
porque no grita ¡adelante!  
adelanta sin gritar.  
Y el orden y la razon  
sustituye á tus errores,  
y la fé de sus mayores,  
y su santa religion...

Tu loca y fiera impiedad  
 prosélitos no hace ahora...  
 Tiembla!... Ya asoma la aurora  
 de la nueva sociedad.  
 La juventud se emancipa  
 de esa tutela forzada,  
 turba *matematizada*,  
 generacion de *chiripa*.  
 Toda diligencia es vana;  
 ¡lo porvenir ha llegado!...  
 Hoy concluye tu reinado...  
 hoy no es hoy, hoy es ¡mañana!

.....  
 Sí, sí, mis ojos lo ven;  
 no es optimismo fatal.  
 Dios siempre nos manda el mal  
 como precursor del bien.  
 De tantos males en medio  
 batallando me encontré...  
 y en el mismo mal hallé  
 su mas cumplido remedio.  
 Que está del bien tan ajeno  
 este mundo en que vivimos,  
 que si no lo prohibimos...  
 jamás hará nada bueno.  
 Sigamos, pues dí en el quid,  
 remediando su quebranto...  
 y entre tanto... y entre tanto...  
 prohibid, hijos, ¡prohibid!

### ESCENA XI.

D. GABRIEL, VICTOR.

VIC.	Don Gabriel?	
GAB.	Ah!... Terminó la...? Pero ¿que ha sucedido? Tú vienes muy conmovido: ¿qué sucede?	(Sobresaltado.)
VIC.	Nada... yo...	
GAB.	Mas ..	
VIC.	Deje todo cuidado. Un viajillo que hacer tengo... y de despedirme vengo... Esto nos habrá afectado....	
GAB.	Pero esa resolucion tan pronta, no se concilia... Es cosa de la familia?	

- Hay alguna desazon?  
 VIC. No señor.  
 GAB. Entonces, ¿qué...  
 VIC. Nada : un capricho.  
 GAB. Capricho?  
 No, no; verdad no me has dicho.  
 Qué pasa?  
 VIC. Créalo usted.  
 GAB. No, no: mientras mas te escucho  
 mas mi opinion se afianza.  
 VIC. Pues bien...  
 GAB. Habla sin tardanza.  
 Sabes que te quiero mucho.  
 VIC. Sí...  
 GAB. Franquéate conmigo.  
 VIC. Todo lo vá usted á saber. *(Pausa.)*  
 Amo á la misma mujer  
 que ama mi mejor amigo.  
 Jamás en ella pensé:  
 él no hablarla me exigió...  
 no sé lo que en mí pasó,  
 mas desde entonces la amé.  
 GAB. Ya...!  
 VIC. Creí mi amor ahogar;  
 hoy he visto que no puedo...  
 Tengo á este cariño miedo,  
 y me he resuelto á marchar.  
 GAB. Bien! bien! *(Apretándole la mano.)*  
 VIC. Espero que así,  
 aunque nunca olvidaré,  
 su dicha no turbaré.  
 GAB. Bien! Te comprendo! *(Con dolor.)*  
 VIC. Usted!  
 GAB. Sí.  
 El que diga que no siente,  
 que nunca amó sabio y cuerdo,  
 que no tiene ni un recuerdo  
 de amor... ó no es hombre, ó miente.  
 A su ley nació sujeto  
 el que vive en mayor calma...  
 Allá en el fondo del alma  
 todos tienen su secreto.  
 Todos ceden al amor...  
 todo el que existe le siente...  
 Es el mas indiferente  
 el que lo oculta mejor.  
 Nuestro mismo ser le ha dado

ese inflexible derecho...  
 Con la mano sobre el pecho,  
 quién dice: «Jamás he amado,»  
 sin que una palpitacion,  
 súbita y terrible y honda,  
 á su blasfemia responda:  
 «Aun vive tu corazon.»  
 Es verdad!

VIC.  
 GAB.

Larga es tu vida.  
 En este revuelto mar  
 la llegarás á olvidar...  
 A mi edad nunca se olvida.  
 Falta tiempo!

VIC.

Debe usted  
 sufrir mucho.

GAB.

Si supieras!...  
 Si tú comprender pudieras...  
 Yo fuí jóven y no amé.  
 Mi patria fué la pasion,  
 única que conocí...  
 Viejo... cuando á ese ángel ví  
 no pensé en mi corazon.  
 Era niña! Yo la veía  
 jugar sencilla á mi lado,  
 y en su bien solo ocupado,  
 como un padre la quería.  
 Pura y hermosa, crecer  
 mis ojos la contemplaron,  
 y así los tiempos pasaron...  
 y la niña fué mujer!  
 Entonces ¡ay! conocí  
 lo que lloro en este instante.  
 El padre iba siendo amante.  
 Muy tarde lo comprendí!  
 Al verla jóven y hermosa  
 me dije: «tu amor es vano:  
 no eres tú, no, pobre anciano,  
 quien puede hacerla dichosa.»  
 Y sufriendo mi querella,  
 y mis sollozos ahogando,  
 por el mundo fuí buscando  
 un hombre digno de ella.  
 Le encontré en fin, y á pesar  
 de que al ver mi obra con calma  
 se me desgarraba el alma  
 é iba mi pecho á estallar,  
 yo procuré que se vieran,

yo obstáculos les formé,  
 que luego desbaraté  
 para hacer que se quisieran:  
 y como pensé, se amaron  
 con afán grande y ardiente,  
 y de ambos fuí confidente  
 y las penas no me ahogaron.  
 Mis sacrificios cumplidos,  
 terminado aquel intento,  
 solo falta á mi tormento  
 verlos para siempre unidos...  
 Y hoy lo tengo de legar,  
 y hoy me despido del bien...  
 y hoy... hoy!... Victor... yo tambien  
 necesito viajar.

(D. Gabriel dice las últimas palabras ahogando el llanto y estrechando la mano á Victor. Pausa. Tras un momento de silencio aparece Carolina en el foro: al verla lanzan los dos una exclamacion, se miran y bajan la cabeza. Carolina viene vestida de calle con mucha elegancia; entra muy alegre: al conocer el estado en que se hallan se acerca lentamente )

## ESCENA XII.

D. GABRIEL, VICTOR, CAROLINA.

GAB. VIC. Ah!

GAB. ¡Fuerzas! (A Victor.)

VIC. ¡Fuerzas! (A don Gabriel.)

GAB. (¡Gran Dios!)

CAR. ¿Qué sucede?

VIC. Nada.

GAB. Nada.

(¡Vete! (A Victor.)

VIC. Sí.) (Suerte menguada!)

GAB. (¡Que te estás vendiendo!)

VIC. Adios.

GAB. (Pronto...

VIC. ¡Yo no vuelvo aquí!

GAB. ¡Nunca! Verla no debemos...

Te buscaré y partiremos  
 mañana.

VIC. Bien...) (Ay de mí!)

(D. Gabriel acompaña á Victor hasta la puerta del foro. Al desaparecer Victor, se dirige Carolina hacia él como queriendo preguntarle qué causa su emocion.)



## ESCENA XIII.

CAROLINA, D. GABRIEL.

CAR. Mas...

GAB. Tú has salido.

*(Reparando en el traje de Carolina.)*

CAR. Si viera

usted el gozo que tengo...

Loca de contento vengo.

GAB. Pues... ¿cómo?...

CAR. Quién lo creyera!

Ya no vivirá penando...

¡Ya está en salvo!

GAB. ¿En salvo?

CAR. Sí.

¡Y á mí me lo debe! ¡á mí!

GAB. ¡Hija mia! ¿Cómo? cuándo?

¡Habla!

CAR. He tocado un registro...

GAB. Mas sepamos lo que pasa...

De dónde vienes?

CAR. De casa...

GAB. De quién?

CAR. Del primer ministro.

GAB. Tú!

CAR. Nada habrá que le aflija.

GAB. Pero le has visto?... pero?...

CAR. A quién? al ministro? No.

Buscaba solo á su hija.

GAB. Ah! *(Respirando con fuerza.)*

CAR. Luisa es tan buena y tan...

Era compañera mia

de colegio... Qué alegría

cuando me vió!... y cuánto afán

cuando le conté mi pena!...

Porque... Nada le he ocultado...

ni nuestro amor desgraciado

ni... Nada... nada! Es... tan buena!

GAB. Pero...

CAR. Verá usted. Su padre

nunca le ha negado nada;

y... está tan interesada

por nosotros... Ah! su madre

también hablará al marido;

él las quiere... Oh!... de un modo...

Así es que mañana á todo

tirar está conseguido.  
 GAB. Ah! Mas tú no habrás contado  
 dónde está?

CAR. Yo? Sí señor.

GAB. Dios mio!

CAR. Hasta nuestro amor.

Si nada les he ocultado!...

GAB. Le has perdido!...

CAR. Cómo?

GAB. Sí.

Tú comprenderlo no puedes...

De esas casas, las paredes  
 oyen.

CAR. Perdido por mí!

GAB. No, quizás no será tarde;

si dilatan el venir

tendrá tiempo de partir...

CAR. Oh! mi cabeza se arde.

GAB. Todo remediarlo toca

á mi experiencia de viejo.

Él viene: con él te dejo.

Adios.

CAR. Yo me vuelvo loca!

#### ESCENA XIV.

CAROLINA, GONZALO.

CAR. Gonzalo! (Triste de mí.)

GON. Carolina!—Señorita...

Qué tiene usted? Qué la agita?

CAR. No me hables por Dios así!

Ese tranquilo exterior,

esa apariencia de olvido...

Perdona si te he ofendido!...

Me está matando el dolor.

GON. Carolina!

Gracias. Ah!

CAR. Tus ofensas no recuerdo.

GON. Sí, recuerda... Yo te pierdo!

CAR. De mí tu mal partirá.

Yo te llevo á la prision...

Yo! que pensaba salvarte.

Huye! sí... tiemblo al mirarte.

No soy digna de perdon!

GON. Mas...

CAR. De mi estrella fatal,

Gonzalo, tu mal proviene.

GON. Sí por tu causa el mal viene,  
que venga en buen hora el mal.

CAR. Gracias.

GON. Dicha mas cumplida  
pedir no quiero á la suerte.

CAR. Mi amor va á darte la muerte.

GON. Tu amor es siempre mi vida.

CAR. (Su desgracia no concibe.)

GON. (A sí misma me prefiere.)

CAR. (Alma mía, muere, muere!)

GON. (Esperanza, vive, vive!)

CAR. Calla, calla! Me asesina  
verte así cuando te pierdo.

GON. Yo solo tu amor recuerdo.

CAR. Ay Gonzalo!

GON. Ay Carolina!

CAR. Déjame volver en mí.

Creyendo haberte salvado

tu retiro he revelado.

Tal vez ya vienen por tí.

GON. La muerte me fuera grata

no dudando de ese amor.

Tu cariño es una flor...

CAR. Pero su perfume mata! (Interrumpiéndole.)

No le aspiras... huye... sí;

olvida que ausente muero;

no pienses cuánto te quiero...

Vete muy lejos de aquí!

Sí, merezco tus enojos;

tras nuevos amores vé,

que yo... ¡yo te lloraré

mientras que me queden ojos!

GON. Esa abnegacion divina,

mas y mas me vuelve loco.

Sin tí á mi afan... todo es poco!

CAR. Ay Gonzalo!

GON. Ay Carolina!

### ESCENA XV.

CAROLINA, GONZALO, ROSARIO.

ROS. Señorita! Señorita!

CAR. Qué?

ROS. Ni de huir tiempo tiene.

Don Fernando hácia aquí viene

con una cara... (Ay maldito!)

CAR. Dios mio!

GON. Deja el temor.  
 Al cabo lo ha de saber,  
 y alguna vez ha de ser.  
 ROS. Y dice muy bien! Valor! *(A Carolina.)*  
 Mire usted que es cosa rara  
 no querer que llegue el día...  
 Yo que usted, me casaría,  
 no mas que por darle en cara.

## ESCENA XVI.

CAROLINA, GONZALO, ROSARIO, D. FERNANDO.

CAR. Ah!  
 FER. Y don Cristóbal?  
 GON. No sé.  
 ROS. Ni yo.  
 FER. ¡Incertidumbre y...!  
 ¿Qué hacen ustedes aquí?  
 CAR. Nada...  
 FER. Bien. Yo lo sabré!

## ESCENA XVII.

D. FERNANDO, CAROLINA, GONZALO, ROSARIO, D. GABRIEL,  
y D. CRISTÓBAL.

FER. Don Cristóbal! *(Corriendo á su encuentro.)*  
 CAR. Don Gabriel! *(Idem.)*  
 FER. Qué? *(Con ansiedad.)*  
 CRIST. Cayeron. *(Con desesperacion.)*  
 CAR. Y?...  
 GAB. Salvado!  
 FER. Pero, quién sube?  
 CRIST. Han triunfado. *(Con dolor.)*  
 FER. Dios!  
 GAB. Eso le salva á él.  
 CA. Go. F. Cómo?  
 GAB. Su sistema mismo  
 profesan los que ora imperan:  
 los que ayer crímenes eran,  
 hoy son rasgos de heroismo.  
 Ya no espera una prision  
 este español escelente...  
 Mañana probablemente  
 le darán una pension.  
 CAR. Libre!  
 GON. Sí!  
 FER. Perdido!

- CAR. GON. Ah! (*Mirándose con ternura.*)
- ROS. Tengo un placer... un contento...
- CRIST. (Paciencia! Este casamiento pronto me reintegrará!)
- GAB. Ahora no se opone nada á su enlace.
- CRIST. Cómo? qué?...
- FER. Oh! no, siempre me opondré...  
Mi palabra está empeñada.
- CRIST. Y no creo que rehuya cumplirla. Así su bien labra.  
El, ha dado su palabra!...
- CAB. Ella, no dará la suya.  
Pero... á qué tanta querella?  
No pienses en ello mas. (*A Fernando.*)  
Si tu licecia no das...  
bien: se casarán sin ella.
- FER. Oh!
- CRIST. Cómo? Esto mas perdido!  
y creí!... (*Con desesperacion.*)
- GAB. El hombre propone...
- CRIST. Sí! Y el dinero dispone...  
Yo he bajado... él ha subido.  
Pues bien: renuncio.  
(*Como haciendo un sacrificio.*)
- GAB. Así á tientas...
- CRIST. Sí señor. (Y bien mirado...  
el tutor queda arruinado.  
Buenas estarán las cuentas!)  
Todo! no me queda nada...  
nada me sale á derechas...  
Tal vez estará á estas fechas la prohibicion levantada!
- GAB. Eso dará al libro vida.  
Verá usted cuál la recobra con un: «Esta bella obra tanto tiempo prohibida...»  
¿Qué bolsillo hay que resista á ese aliciente?
- CRIST. ¡Jé! jé!  
Vé usted muy lejos!... (*Tosiendo.*)
- GAB. Y usté?...
- CRIST. Yo... yo soy corto de vista.  
Adios.
- GAB. Se va usted?
- CRIST. Sí, sí.



Esta mi esfera no es:  
yo desprecio el interés  
que miro imperar aquí.  
GAB. Sí... tiene usted ese defecto.  
CRIST. Ejem!... Creo que importuno.  
GAB. Qué!  
CRIST. (Gano ciento por uno.  
Voy á cuidar del prospecto.)

### ESCENA XVIII.

CAROLINA, D. GABRIEL, GONZALO, D. FERNANDO, ROSARIO.

ROS. Bien! Que tosa... y...  
GAB. Vuelve en tí.  
(A Fernando.)

Vamos.  
FER. No me digas nada.  
CAR. (Su suerte es muy desdichada.  
GON. Aliviémosla.  
CAR. Sí, sí.)  
ROS. (Escuche usted. El no siente  
verlos á ustedes casar: (A Carolina.)  
lo que no quiere es gastar.  
Por eso no lo consiente.  
Si es así... (Cerrando el puño.)

CAR. Tal egoismo...  
ROS. El no tenerlo es de santos:  
conozco yo tantos, tantos,  
que han hecho y hacen lo mismo!  
GON. Bien, vete.)  
ROS. (Se casarán?  
(Llegándose á don Gabriel.)

GAB. Pues no!  
ROS. Qué bueno es usted!  
Qué bueno!  
GAB. Sí: marchaté.  
ROS. Voy. He pasado un afán...  
Qué bueno es usted! Y yo  
que me habia figurado  
que estaba usted enamorado  
de la señorita!... Oh!...  
GAB. Rosario!  
ROS. (Estremeciéndose.)  
Voy). (Por supuesto (A Carolina.)  
que le van á usted á hacer  
unos regalos...  
GAB. Mujer!  
ROS. (Cuándo me verá yo en esto!) (Váse.)

## ESCENA XIX.

CAROLINA, D. GABRIEL, GONZALO, D. FERNANDO.

CAR. (Sí.) *(A Gonzalo, con quien ha estado hablando.)*  
 GON. Tío!

FER. Qué?

GON. Su ruina  
 quizá remediarse pueda...  
 En sus manos de usted queda  
 la dote de Carolina.

FER. Ah!... No: deja que rechace  
 generosidad tan rara.

CAR. Vamos!

GAB. Acepta (y repara  
 que es jóven quien esto hace.)

FER. No, no merezco esta accion.

GON. Vamos.

FER. No: mis desvaríos...

CAR. Nos desaira usted...

FER. Hijos míos!

GAB. Gabriel! Tú tienes razon.

Lloras? Estrecha la mano  
 que te mostró estos consuelos;  
 y... ¡Gracias, Dios de los cielos!  
 Ahora te conozco, hermano.

FER. Gabriel! Es tarde... soy viejo...

GAB. Pero...

FER. Uníos, hijos!

CAR GON. Oh!

FER. Y sed felices... que yo...

yo... no puedo mas! Os dejo.

## ESCENA ÚLTIMA.

CAROLINA, D. GABRIEL, GONZALO.

GON. Siempre unidos!

CAR. Siempre!

GON. Sí!

Dicha completa y divina!

CAR. Conzale!

GON. Mi Carolina!

*(Gonzalo estrecha las manos á Carolina; D. Gabriel los contempla algo apartado, radiante de gozo, con los ojos arrasados de lágrimas. Pausa. Tras una transicion de sentimientos dice con desconsuelo.)*

GAB. Ni una frase para mí!...

CAR. Oh!  
(Corriendo hácia él y echándose en sus brazos.)

GON. Perdon!

GAB. Bien, hijos, bien!  
(Llorando de placer.)

CAR. Nada hemos puesto en olvido!

GON. Y Victor que habrá partido!

(D. Gabriel se estremece al recordar lo que su deber le impone, y dice afectando tranquilidad, desprendiéndose de los brazos de Carolina y Gonzalo.)

GAB. Adios!... Yo parto tambien...

CAR. GON. Usted!

GAB. Yo, sí. (Casi sin poder dominar su dolor.)

CAR. Esa emocion...

Su voz tiembla... su mirada...

Qué tiene usted?

GAB. Nada, nada.

(Se me parte el corazon!)

(Con la mano sobre el pecho, como queriendo contener los latidos del corazon.)

Adios!

GON. No.

CAR. No. Usted padece.

Usted, que es nuestro ángel bueno!

GON. Nuestro padre!

GAB. Estoy sereno.

CAR. Al decirlo se estremece.

GAB. Es... que os tengo que dejar...

y eso... me da una inquietud...

El médico... mi salud...

Me precisa viajar.

Necesito variacion...

Otros aires... Este frio

me está matando... y... (Dios mio!

Tened de mí compasion!)

CAR. Bien, bien; pues que ese es su anheló

y el mal de España le arroja,

el suelo que usted escoja

será nuestro patrio suelo.

Solo de su afecto ansiosos

nuestro cariño mirando,

sus males irá curando

el vernos siempre dichosos.

Vamos donde á usted le cuadre

sin mas debates prolijos.

Usted nos llama sus hijos...

Yo no abandono á mi padre!

GAB. Ah!

GON. Vacila...

CAR. Nuestro amor...

GAB. Sé que es grande, inmenso, vivo.  
Mas... ¡nunca!... Me lo prohíbo!...

(Con voz ahogada por el dolor y apenas perceptible.)  
(Me lo permito... Es mejor!...)

CAR. GON. Pero...

GAB. Me alejo de aquí...  
Solo!... Es preciso... y lo haré!...  
Quizá á veros volveré...  
quizá... No hablemos de mí.  
Pensemos en vuestro amor,  
há poco tan combatido,  
hoy feliz... y conseguido.  
Demos gracias al Señor.  
Sí, su Omnipotencia sola  
á tanto bien os llevó.  
Ella sola separó  
de tu frente la pistola.  
Lo olvidó tu saña fiera.  
Pero de aquel mal en pos  
gritó á tu lado: «Hay un Dios:  
ten confianza y espera.»  
Hoy que tras esos deslices  
todo mal ha terminado,  
teneis un deber sagrado:  
¡velar por los infelices!  
Aguilas de raudo vuelo,  
si la altura no os aterra,  
no mireis nunca á la tierra,  
fijad la vista en el cielo!  
Y como á través de un tul  
siempre encontrareis escrita,  
una máxima bendita  
en medio el espacio azul...  
máxima cuya bondad  
mis tristes pasos guió...  
máxima que Dios dictó  
en bien de la humanidad:  
máxima sencilla y pura  
por ninguno contradicha...  
«Dudar: hé aquí la desdicha.  
Creer!... hé aquí la ventura!»

FIN DE LA COMEDIA.